

Dos concepciones se enfrentaron en la Asociación Internacional de los Trabajadores del siglo XIX, y ese enfrentamiento definió los campos de lucha actuales en, por un lado; los partidarios de la autoridad y la incursión en el Estado y, por el otro; los partidarios de la libertad y la destrucción del Estado: siendo los primeros el marxismo y sus ramificaciones y, los segundos, el anarquismo.

Los escritos de Bakunin que incluimos en el presente folleto constituyen una crítica hacia las concepciones marxistas y al desarrollo de sus postulados, cuya peligrosidad para el movimiento revolucionario, y por su consecuencia lógica de un régimen despótico, Bakunin preveía y alertaba, con total acierto. Incluimos también, a modo de apéndice, unas referencias de Bakunin sobre Marx, en cuanto a su relación personal. Habría que aclarar que el límite entre lo personal y lo ideológico no es nunca algo definido, sino más bien que son recortes de la totalidad del individuo que se hacen para referirse diferenciadamente a las partes. Incluimos también parte de los hechos que se sucedieron dentro de la Internacional como consecuencia del enfrentamiento y, al final, dos escritos de Marx y Engels.

Todo lo que constituye el fundamento ideológico de la izquierda, la incursión en el terreno político, es decir, estatal, del problema social de la explotación del hombre por el hombre y, por tal, la canalización en la órbita de los poderosos de una lucha revolucionaria, convirtiéndola en total apéndice y oxigenadora del sistema, es lo que Bakunin niega con increíble lucidez y genialidad.

Y en ese y este enfrentamiento se buscaba dejar claro que no se trata ni de la cantidad de saberes ni de análisis científicos, se trata de una rebelión, sentida y proyectada, a partir de la cual se razona y se afirma la convicción. Por eso en una discusión Bakunin le dice a Marx: *“Vos sabés más que yo, pero yo soy más revolucionario”*.

EDICIONES  
**¡LIBERTAD!**

publicacion\_libertad@yahoo.com.ar  
www.geocities.com/grupo\_libertad

# CRÍTICA AL MARXISMO



Mijail Bakunin

## CRÍTICA AL SOCIALISMO ESTATISTA

### INDICE

Crítica al socialismo estatista	1
Carta a “La Libertad”	5
La Internacional y Carlos Marx	13
Crítica de la teoría marxista	35
<b>Apéndice</b>	
Reseña sobre la relación de Bakunin	40
Una posición marxista	45

**La falaz premisa de los revolucionarios doctrinarios.** Los idealistas de toda índole, los metafísicos, los positivistas y los que dan prioridad a la ciencia sobre la vida, como los revolucionarios doctrinarios, son todos celosos defensores, aunque con argumentaciones diversas, de la idea del Estado y del poder estatal, pues ven en él -muy lógicamente desde sus puntos de vista- la única salvación para la sociedad. Muy lógicamente, digo, porque al aceptar como base el dogma -falaz en nuestra opinión- de que el pensamiento es anterior a la vida, la teoría abstracta tiene prioridad sobre la práctica social y por tanto la ciencia sociológica debe convertirse en el punto de partida para los alzamientos sociales y la reconstrucción de la sociedad, llegando necesariamente a la conclusión de que si el pensamiento, la teoría y la ciencia son, al menos en el momento presente, patrimonio de unos pocos, esos pocos deben dirigir la vida social; no solo fomentar y estimular, sino regir todos los movimientos del pueblo. Según ellos, al día siguiente de la Revolución la nueva organización social no habrá de establecerse sobre la libre integración de las asociaciones de trabajadores, pueblos, comunas y regiones, de abajo a arriba o conforme a las necesidades y al instinto del pueblo, sino sobre el poder dictatorial de esta minoría ilustrada, que supuestamente expresa la voluntad general del pueblo.

**El fundamento común de la teoría de la dictadura revolucionaria y la teoría del Estado.** La teoría del Estado y la teoría de la dictadura revolucionaria se basan en igual medida en esta ficción de la representación popular y en el hecho efectivo de que las masas están siendo gobernadas por un puñado de individualidades elegidas -o incluso ni siquiera elegidas- en el día de los comicios por un tropel aborregado e ignorante siempre de por qué y a quienes elige; se base en esta expresión ficticia y abstracta de la fantaseada voluntad general y el pensamiento del pueblo, que el pueblo viviente y real ignora del modo más completo.

Entre la dictadura revolucionaria y el principio del Estado, la diferencia estriba únicamente en la situación externa. En sustancia, ambos son idénticos: el gobierno de la mayoría por la minoría en nombre de la supuesta estupidez de la primera y, de la supuesta inteligencia superior de la segunda. Por consiguiente, las dos concepciones son igualmente reaccionarias, las dos tienen como resultado la invariable consolidación de los privilegios políticos y económicos de la minoría dirigente y la esclavitud política y económica de las masas del pueblo.

**Los socialistas doctrinarios son los amigos del Estado.** Ahora queda claro por qué los socialistas doctrinarios, cuyo objetivo es derribar los regímenes y autoridades existentes para construir sobre sus ruinas su propia dictadura, nunca fueron y nunca serán enemigos del Estado, sino que fueron y serán siempre sus más celosos defensores. Son enemigos de los poderes establecidos, sólo porque no pueden tomar su puesto. Son enemigos de las instituciones políticas existentes porque tales instituciones les impiden llevar a cabo su propia dictadura; pero al mismo tiempo son los más ardientes amigos del poder estatal sin el cual la Revolución, liberando a las masas trabajadoras, privaría a esta supuesta minoría revolucionaria de toda esperanza de colocar nuevos arneses al pueblo y derramar sobre él las bendiciones de sus medidas gubernamentales.

Esto es verdad hasta el punto de que en el momento presente, cuando la reacción triunfa en toda Europa, cuando todos los Estados -movidos por el mezquino espíritu de autopreservación y opresión, e investidos con la triple armadura del poder militar, policíaco y financiero- se disponen, bajo la dirección suprema del príncipe Bismarck, a librar una batalla desesperada contra la revolución social; cuando todos los revolucionarios sinceros deberían, como parece lógi-

co, unirse para repeler el desesperado asalto de la reacción internacional vemos, por el contrario que los revolucionarios doctrinarios, bajo la jefatura de Marx, se han puesto incluso del lado de los defensores del estado contra la revolución del pueblo.

**El programa de Lassalle.** Nadie como Lassalle pudo explicar y probar de forma tan convincente a los trabajadores germanos que bajo las actuales condiciones económicas la situación del proletariado, no sólo no puede cambiar radicalmente, sino que, por el contrario, en virtud de una inevitable ley económica, irá empeorando cada año a pesar de los esfuerzos de las cooperativas, que sólo pueden beneficiar a un pequeño número de trabajadores y por un período muy breve.

Hasta aquí estamos de acuerdo con Lassalle. Pero a partir de este punto, comenzamos a disentir de él. Frente a Schulze-Delitzsch, que aconsejaba a los trabajadores que buscaran la salvación sólo a través de su propia energía sin esperar ni solicitar nada del Estado, Lassalle probó en primer lugar que, bajo las condiciones económicas actuales, los trabajadores no pueden esperar ni siquiera el alivio de su situación y, en segundo lugar, que mientras exista el Estado burgués, los privilegios burgueses serán inexpugnables. Tras haber demostrado ambas cosas, Lassalle llegó a la siguiente conclusión: para conseguir la libertad, la libertad real basada en la igualdad económica, el proletariado debe conquistar el Estado, y dirigir el poder estatal contra la burguesía en beneficio de los trabajadores, tal como ese poder está ahora dirigido por la burguesía contra los trabajadores en beneficio de las clases explotadoras.

**El socialismo por vía de una reforma pacífica.** ¿Cómo hará el proletariado para conquistar el Estado? Sólo hay dos medios posibles: una revolución política, o una agitación legal en favor de una reforma pacífica. Lassalle escogió la segunda vía.

En este sentido, y para este propósito, formó un partido político de trabajadores alemanes con una fuerza considerable, organizado siguiendo líneas jerárquicas y sometido a rigurosa disciplina y a una especie de dictadura personal; en otras palabras, hizo lo que el Sr. Marx ha tratado de hacer en la Internacional durante los tres últimos años. El intento de Marx resultó un fracaso, mientras Lassalle consiguió un completo éxito. Como objetivo inmediato, Lassalle se planteó la tarea de impulsar un movimiento popular y hacer la propaganda necesaria para la conquista del sufragio universal, del derecho del pueblo a elegir a sus representantes y a las autoridades estatales.

Tras conquistar este derecho, el pueblo enviaría sus propios representantes al Parlamento, que a su vez y mediante diversos decretos y disposiciones transformarían el Estado existente en un Estado popular (Volks-Staat). La primera tarea de este Estado popular sería abrir un crédito ilimitado a las asociaciones de productores y consumidores, que sólo entonces serían capaces de combatir al capital burgués, y que al fin conseguirían conquistarlo y asimilarlo. Cuando este proceso de absorción quedara completado amanecería el cambio radical de la sociedad.

**La ficción del Estado popular.** Este es el programa de Lassalle, el programa del Partido Social-Demócrata. Hablando propiamente, no pertenece a Lassalle, sino a Marx, que lo expresa por entero en su conocido Manifiesto del Partido Comunista, publicado junto con Engels en 1848. Este programa aparece enunciado también en el primer Manifiesto de la Asociación Internacional, escrito por Marx en 1864, con estas palabras: “La primera obligación de la clase obrera será conquistar para sí el poder político”. El Manifiesto del Partido Comunista dice en este sentido: “El primer paso en la revolución de las clases trabajadoras, es llevar al proletariado a la posición de las clases dominantes... El proletariado centralizará los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, del proletariado elevado a la posición de cla-

aún, uno de los más poderosos medios de propagar la civilización de Europa Occidental en el este del mismo continente; que esta tendencia sólo se detendría cuando el proceso de germanización hubiera alcanzado los confines de naciones grandes, compactas e incólumes, capaces de una vida nacional independiente, tal como los húngaros y, hasta cierto punto, los polacos; y que por lo tanto el destino natural e ineluctable de estas naciones moribundas era dejar que se consumara ese proceso de disolución y absorción por vecinos más poderosos que ellas.

Escrito por Marx y Engels. Artículo de la serie “*Revolución y contrarrevolución en Alemania*” publicado el 24 de abril de 1852 en *The New-York Daily Tribune*.

can líneas de barcos de vapor, tiendan un ferrocarril desde Nueva York a San Francisco, abran en realidad por primera vez el Océano Pacífico a la civilización y, por tercera vez en la historia, impriman una nueva orientación al comercio mundial? La “independencia” de algunos españoles en California y Tejas sufrirá con ello, tal vez; la “justicia” y otros principios morales quizás sean vulnerados aquí y allá, ¿pero, qué importa esto frente a tales hechos histórico-universales? [...]

Escrito por Friedrich Engels, publicado el 15 de febrero de 1849 en la revista alemana *Neue Rheinische Zeitung*.

### Sobre la superioridad alemana<sup>3</sup>

[...] Así terminaron, por ahora y muy probablemente para siempre, las tentativas de los eslavos de Alemania para recobrar una existencia nacional independiente<sup>4</sup>. Restos dispersos de numerosas naciones cuya nacionalidad y vitalidad política estaban agotadas desde tiempo atrás y que, por ello, se habían visto obligadas, durante casi un milenio, a seguir las huellas de una nación más poderosa que los había conquistado –tal como los galeses en Inglaterra, los vascos en España, los bajo-bretones en Francia y en un periodo más reciente los criollos españoles y franceses en las partes de Norteamérica ocupadas por la raza angloamericana- esas nacionalidades agonizantes, los bohemos, carintios, dálmatas, etc., habían intentado aprovechar la confusión universal de 1848 para restablecer su status quo político del Anno Domini 800<sup>5</sup>. La historia de un milenio tendría que haberles mostrado que una regresión tal era imposible, que si bien todo el territorio al este del Elba y del Saale había estado otrora ocupado por eslavos vinculados entre sí, ello sólo demuestra la tendencia de la historia y al mismo tiempo la capacidad física e intelectual de la nación alemana para someter, absorber y asimilar a sus viejos vecinos orientales; que esta tendencia de los alemanes a la absorción constituyó siempre, y constituía

<sup>3</sup> No es casual que el Partido de Hitler se llamara Partido Obrero Nacional Socialista. Las raíces del nazismo, el fascismo y el peronismo están en el socialismo autoritario. La postura de este texto no se diferencia en nada de la de los impulsores de la Gestapo. (Nota del Grupo Editor Libertad)

<sup>4</sup> Engels y Marx utilizan el término Alemania en un sentido amplio -habitual en el siglo XIX-, comprendiendo también a Austria, país que era, por lo demás, la cabeza visible de la Confederación Germánica (1815-1866). Recuérdese que en poder de Austria se encontraban Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Carintia, Dalmacia y otros territorios poblados fundamentalmente por eslavos. (Nota de los editores del libro “*Materiales para la historia de América Latina*”)

<sup>5</sup> Año del Señor 800; alrededor de esta fecha comienza el avance de los pueblos germánicos sobre territorios de Europa centro-oriental en los que predominaban los eslavos. (Nota de los editores del libro “*Materiales para la historia de América Latina*”)

se dominante.”

Ya hemos expresado nuestro rechazo a las teorías de Lassalle y Marx, teorías que aconsejan a los trabajadores -si no como su ideal último, al menos como la tarea inmediata más importante- formar el Estado popular, el cual, según su interpretación, será solamente “el proletariado elevado a la posición de clase dominante”.

...Pero el Estado implica dominación, y dominación implica explotación, lo cual prueba que el término popular (Volks-Staat), que desgraciadamente todavía sigue siendo la consigna del Partido Social-Demócrata alemán, es una contradicción ridícula, una ficción, una mentira (sin duda inconsciente), y para el proletariado una trampa oculta muy peligrosa. El Estado, por muy popular que sea su forma, será siempre una institución de dominación y explotación y, por tanto, una fuente permanente de esclavitud y miseria. En consecuencia, no hay otro medio de emancipar económica y políticamente al pueblo, de entregarle bienestar y libertad, que abolir el Estado, todos los Estados, y desterrar de una vez para siempre todo lo que hasta ahora se ha llamado política.

**Implicaciones de la dictadura del proletariado.** Se podría uno preguntar entonces: si el proletariado llega a ser la clase dominante, ¿sobre quien ejercerá su dominio? La respuesta es que seguirá existiendo otro proletariado sometido a esta nueva dominación, a este nuevo Estado. Pudiera ser, por ejemplo, la “chusma” campesina que, como sabemos, no goza del favor de los marxistas, y que gracias a encontrarse en un nivel más bajo de cultura sería probablemente dirigida por el proletariado de la ciudad y de las fábricas; considerada la cosa desde el punto de vista nacional, los eslavos, por ejemplo, asumirían precisamente por la misma razón la misma posición de sometimiento servil ante el victorioso proletariado alemán que este último mantiene ahora respecto a su propia burguesía.

Si hay un Estado, debe haber necesariamente dominación y, en consecuencia, esclavitud; un Estado sin esclavitud declarada u oculta es impensable. Por eso somos enemigos del Estado.

¿Qué significa: “el proletariado convertido en clase dominante”? ¿Estará todo el proletariado a la cabeza del gobierno? Hay unos 40 millones de alemanes. ¿Serán los 40 millones miembros del gobierno? La totalidad del pueblo gobernará, y nadie será gobernado. Esto significa que no habrá gobierno, ni Estado, pues si existe un Estado habrá gente que sea gobernada, habrá esclavos.

Este dilema lo soluciona muy sencillamente la teoría marxista. Por un “gobierno popular” entiende el gobierno del pueblo por medio de un pequeño número de representantes elegidos por el pueblo. El sufragio universal -el derecho del conjunto del pueblo a elegir a los llamados representante y gobernantes del Estado- es la última palabra de los marxistas, así como de la escuela democrática. Pero esto es una mentira tras la cual se esconde el despotismo de una minoría gobernante, una mentira tanto más peligrosa cuanto que aparece como manifiesta expresión de la voluntad del pueblo.

Desde cualquier lado que nos aproximemos al problema, llegamos al mismo resultado lamentable: al gobierno de la gran masa del pueblo por una pequeña minoría privilegiada. Pero los marxistas dicen que esta minoría estará constituida por trabajadores. Si, en realidad de extrabajadores, que tan pronto como se conviertan en gobernantes o representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y comenzarán a mirar desde arriba al pueblo trabajador. Desde ese momento no representan al pueblo, sino a sí mismos y a su propia ambición de gobernar al pueblo. Quienes duden de esto, saben muy poco sobre la naturaleza humana.

**La dictadura no puede engendrar libertad.** Pero esos representantes elegidos serán socialistas convencidos, y también socialista instruidos. Las palabras “socialista instruido” y

“socialismo científico”, que se encuentran constantemente en los trabajos y discursos de Lassalle y los marxistas, sólo prueban que el pretendido Estado popular no será sino el gobierno despótico de las masas trabajadoras por una nueva aristocracia, numéricamente pequeña, de verdaderos o falsos científicos. Al pueblo le falta educación, con lo cual ellos lo liberarán de las preocupaciones del gobierno y lo regimentarán por completo como un rebaño común de personas gobernadas. ¡Emancipación, realmente!

Los marxistas tienen conciencia de esta contradicción; y como saben que el gobierno de los científicos (la más miserable, ofensiva y despreciable de las clases gobernantes en el mundo) será, a pesar de su forma democrática, una verdadera dictadura, se consuelan con el pensamiento de que esa dictadura será sólo temporal y de breve duración. Afirman que la única preocupación y tarea de este gobierno será elevar la educación del pueblo -económica y políticamente- hasta el momento de hacer innecesario el gobierno, y que el Estado, tras haber perdido su carácter político, es decir, su carácter de autoridad y dominación, se convertirá por sí solo en una organización totalmente libre de intereses y comunidades económicas.

Tenemos aquí una contradicción obvia. Si su estado va a ser un verdadero estado popular, ¿por qué habría, entonces, de disolverse a sí mismo? Y si su autoridad es necesaria para la emancipación real del pueblo, ¿cómo se atreven a llamarlo Estado popular? Nuestra polémica tuvo el efecto de hacerles comprender que la libertad o Anarquismo, es decir, la organización espontánea de los trabajadores de abajo arriba, constituye el último objetivo del desarrollo social, y que todo Estado -incluido su propio Estado popular- es un yugo que engendra despotismo por una parte, y esclavitud por otra.

Afirman ellos que este yugo estatal -la dictadura- es un medio transitoriamente necesario para conseguir la emancipación del pueblo: el Anarquismo o la libertad es el fin, el Estado o la dictadura es el medio. En consecuencia, para liberar a las masas trabajadoras es necesario primero esclavizarlas.

Hasta aquí llegó nuestra polémica. Ellos sostienen que sólo una dictadura -por su puesto, su dictadura- puede crear la voluntad del pueblo. Nuestra respuesta a eso es: una dictadura no puede tener otro objetivo que la autopropagación, y sólo puede engendrar esclavitud en el pueblo que la tolera; la libertad sólo puede ser creada por la libertad, es decir, por una rebelión universal del pueblo y una organización de las masas trabajadoras desde sus cimientos.

Extraído de *Mijaíl A. Bakunin, Escritos de filosofía política (II)*, Compilación de G. P. Maximoff. Colección Grandes Obras del Pensamiento, Editorial Altaya.

*Los textos siguientes titulados “Carta a «La Libertad»” “La Internacional y Carlos Marx” y “Crítica de la teoría marxista del Estado” fueron extractados del libro compilatorio La anarquía según Bakunin, edición a cargo de Sam Dolgoff, apuntes biográficos de James Guillaume. Colección Acracia dirigida por Carlos Semprún Maura. Tusquets Editor. Barcelona, 1977.*

## UNA POSICIÓN MARXISTA

*Los siguientes son dos textos de Marx y Engels extraídos del libro compilatorio “Materiales para la historia de América Latina, Karl Marx-Friedrich Engels”, Ediciones Pasado y Presente, México, 1980.*

### Sobre la guerra contra México<sup>1</sup>

“La magnífica California”<sup>2</sup>

[...] Digamos sólo un par de palabras respecto a la “confraternización general entre los pueblos” y a la fijación de “fronteras, que la propia voluntad soberana de los pueblos traza, fundándose en sus características nacionales”. Los Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas el pueblo es soberano.

¿Cómo ha ocurrido, entonces, que entre estas dos repúblicas, que según la teoría moral deberían estar “hermanadas” y “federadas”, haya estallado una guerra a cusa de Tejas; cómo la “voluntad soberana” del pueblo norteamericano, apoyada en la valentía de los voluntarios norteamericanos, ha desplazado, basándose en “necesidades estratégicas, comerciales y geográficas”, unos cuantos cientos de millas más al sur los límites trazados por la naturaleza? ¿Y les reprochará Bakunin a los norteamericanos el realizar un “guerra de conquista”, que por cierto propina un rudo golpe a su teoría basada en “la justicia y la humanidad”, pero que fue llevada a cabo única y exclusivamente en beneficio de la civilización? ¿O acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían que hacer con ella?; ¿lo es que los enérgicos yanquis, mediante la rápida explotación de las minas de oro que existen allí, aumenten los medios de circulación, concentren en la costa más apropiada de ese apacible océano, en pocos años, una densa población y un activo comercio, creen grandes ciudades, establez-

<sup>1</sup> En 1836 Texas es colonizada por norteamericanos y la proclaman independiente de México. Tropas mexicanas recuperan el territorio al mando del presidente y general Antonio López Santana. En 1846 el territorio es nuevamente invadido por fuerzas norteamericanas y se inicia la guerra que durará dos años. Como resultado de la derrota mexicana EE.UU. se apropia y anexa los territorios de Texas, Nuevo México (que comprendía, además del territorio homónimo, partes de Colorado y Utah) y Alta California. (Nota del Grupo Editor Libertad)

<sup>2</sup> Este texto forma parte de un editorial no firmado de la *Neue Rheinische Zeitung*, “El paneslavismo democrático”, replica al “Llamado a los eslavos” del revolucionario ruso Mijaíl Bakunin. Escrito por Engels, el artículo refleja asimismo el pensamiento de Marx. “La constitución que regía en la redacción [de *Neue Rheinische Zeitung*] se reduciría simplemente a la dictadura de Marx”, reconoce Engels en 1884. Y como le escribía Engels a Hermann Schlüter el 15 de mayo de 1885: “Igualmente [es mío] el artículo contra Bakunin y el paneslavismo. Los trabajos de Marx y los míos, de aquella época, a causa de la división planificada del trabajo son casi absolutamente inseparables”. (Nota de los editores del libro “*Materiales para la historia de América Latina*”)

¡Querido maestro!

Le adjunto por fin las informaciones prometidas hace tanto tiempo; estas informaciones contienen:

1. La vida de Bakunin en Siberia y su fuga; 2. Su manifiesto paneslavista fechado en Londres, febrero de 1862; 3. Su apología del *zar rural* Alejandro II, algo muy interesante muy instructivo. He hecho extractos largos de estas dos publicaciones y he añadido varios comentarios; he creído que le conviene a usted tener muchos extractos, a fin de poder elegir aunque, lo confieso, me he visto forzado a elegir trozos largos debido a la dificultad de la selección, un fragmento valía tanto como otro, y además me he permitido pasar a recordar ciertos episodios, ciertos rasgos de la época de 1862 «*Quórum parse magna fui*» -el *magna* está de más-, ya que ante todo me resulta imposible hablar de esta época sin estremecerme al recordar tantas víctimas cuya memoria sigue siendo muy querida para mí, y en segundo lugar, sería difícil comprender toda la locura y la idiotez de Bakunin, si no se tuviera en cuenta la *época* en la que se divertía cantando himnos al zar; conociendo, como conozco, a Bakunin, puedo decir que si no hacía estas cosas por pura idiotez, las hacía con la esperanza de llamar la atención sobre él y de merecer la gracia del emperador. Creo que puede decirse de Bakunin que no se vendió porque no fue comprado; si es que no está comprado. [...]

5. Últimamente Nechaev ha sido *extradicionado* y entregado a la policía rusa, como no podía menos que ocurrir, pues no se podía considerar el asesinato de Ivanov como asunto político; de lo contrario, le asesinarían a usted en pleno Congreso de La Haya y ¡dirían que era un asesinato *político*! Le envió también el folleto que Bakunin publicó en el momento del Congreso para que vea que en las citas que hace Bakunin del discurso del procurador hay algunas *falsedades*. [...]

En general sería un *grave error* querer representar a Nechaev como si se tratara de un héroe —era más bien un loco, y *todavía* está por ver si no es un agente ruso, pues la extradición no quiere decir nada- y *habría que matarlo por el ridículo*, pues de otro modo todavía podría tener una influencia muy funesta en esta pobre juventud rusa, inculta y bárbara; y todavía podrá usted ver cómo ese viejo estafador de Bakunin *especulará* sobre la *desgracia* de su joven *compañero* Nechaev y tratará de *exaltar* a la juventud contra nosotros. Podría decirse que no se ha querido dar a la *publicidad* el relato completo de este asunto mientras seguía pendiente la cuestión de la extradición, para no dar un falso *pretexto* a nuestros adversarios; y ahora hay que ridiculizar a los dos héroes insistiendo en que la figura triste, pobre de espíritu e imbécil de Nechaev no ha sido más que el *Strohman* de Bakunin: será la verdad. Hay que hacer que caiga sobre Bakunin todo lo *odioso*, hay que hacerle *culpable* de la pena que el imbécil de Nechaev va a soportar. [...]

Y ahora que he terminado con lo *oficial*, permítame usted, querido maestro, que le exprese todo mi caluroso agradecimiento por las simpáticas y amistosas palabras que sobre mí dice en su carta. [...] Perdóne usted la abusiva longitud de esta carta y confía en la inalterable entrega de quien feliz de poder llamarse un día verdadero alumno de usted.

## CARTA A «LA LIBERTAD»

*Esta larga carta a «La Libertad» (fechada el 5 de octubre 1872), jamás terminada y jamás enviada, fue escrita casi un mes después de la expulsión de Bakunin y Guillaume de la Internacional, hecho ocurrido durante el Congreso de La Haya entre los días 2 y 7 de septiembre de 1872.*

S. Dolgoff

### I

*A los editores de «La Libertad»*

Señores;

debido a que ustedes han publicado la sentencia de excomunión que acaba de pronunciar el Congreso Marxista de la Haya contra mí, seguramente y con toda justicia, publicarán mi respuesta. Aquí está.

El triunfo del señor Marx y su grupo ha sido completo. Seguros de contar con una mayoría que ellos han preparado desde hace tiempo con sumo cuidado y capacidad, aunque no con respeto por los principios de moralidad, verdad y justicia como tan a menudo lo proclaman en sus discursos y tan rara vez en sus acciones, los marxistas se sacaron las máscaras. Y, como corresponde a hombres que aman el poder, y siempre en nombre de la soberanía del pueblo que a partir de ahora servirá de piedra fundamental a todos aquellos que aspiran a gobernar las masas, han manifestado abiertamente su dictadura sobre los miembros de la Internacional.

Si la Internacional fuera menos fuerte y estuviera menos profundamente arraigada, si se hubiera basado, tal como ellos se imaginan, únicamente en un liderazgo oficial, formalmente organizado, y no en la verdadera solidaridad de los intereses y aspiraciones efectivas del proletariado de todos los países del mundo civilizado —en la federación libre y espontánea de las secciones y asociaciones de trabajadores, independientes de cualquier control gubernativo-, los decretos de este pernicioso Congreso de La Haya, encarnación demasiado indulgente y fiel de las teorías y prácticas marxistas, hubieran sido suficientes para aniquilarla. Hubieran reducido al ridículo y a la nada a esta magnífica asociación, a cuya fundación, me complace decirlo, el señor Marx contribuyó con inteligencia y energía.

¡Un Estado, un gobierno, una dictadura universales! Los sueños de Gregorio VII, de Bonifacio VII, de Carlos Quinto y de los Napoleones aparecen en formas novedosas, pero siempre con las mismas pretensiones, en el campo Social Demócrata! ¿Puede alguien imaginarse algo tan burdo y al mismo tiempo más repugnante? ¡Afirmar que un grupo de individuos, incluso los más inteligentes y con las mejores intenciones, pueda ser capaz de convertirse en el espíritu, el alma, la voluntad directiva y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado de todas las tierras, demuestra tal herejía contra el sentido común y la experiencia histórica que uno se pregunta cómo puede haberla concebido un hombre de la inteligencia de Carlos Marx!

Los papas, al menos, tienen la excusa de poseer la verdad absoluta de la que afirman ser depositarios por gracia del Espíritu Santo, en el que se supone que deben creer. El señor Marx no dispone de una excusa semejante y no le insultaré sugiriendo, que se imagina que, científicamente, ha inventado algo que se aproxima a la verdad absoluta. Pero, a partir del momento en que se elimina la verdad absoluta, no puede existir un dogma infalible para la Internacional y,

en consecuencia, ninguna teoría política o económica oficial; y nuestros congresos jamás deben asumir el rol de consejos ecuménicos que proclaman principios obligatorios que deben respetar todos sus miembros y creyentes.

Sólo existe una ley que es verdaderamente obligatoria para todos los miembros, secciones, individuos y federaciones de la Internacional, para todos los cuales esta ley es la única base verdadera. En su forma más completa, en todas sus aplicaciones y consecuencias, esta ley favorece *la solidaridad internacional de los trabajadores de todos los oficios y países en su lucha económica contra los explotadores del trabajo*. La unidad viviente de la Internacional sólo se basa en la organización real de esta solidaridad por medio de la acción espontánea de los grupos de trabajadores y por la federación absolutamente libre de las masas de trabajadores de todos los idiomas y de todas las naciones, siempre más poderosa, porque es libre; la Internacional no se puede unificar con decretos y bajo el látigo de ningún tipo de gobierno.

¿Quién puede dudar que, de esta organización siempre creciente de la solidaridad militante del proletariado contra la explotación burguesa, saldrá la lucha política<sup>1</sup> del proletariado contra la burguesía? Tanto los marxistas como nosotros estamos unánimemente de acuerdo al respecto. Pero he aquí una cuestión que nos separa completamente de los marxistas.

Nosotros creemos que la política del proletariado, necesariamente revolucionaria, debe tener como objetivo único e inmediato la destrucción del Estado. No entendemos cómo alguien puede hablar de solidaridad internacional cuando hay un deseo de conservar el Estado, a menos que uno sueñe con el Estado Universal, es decir, con la esclavitud universal, como en la que han soñado los grandes emperadores y pontífices. Porque el Estado, debido a su misma naturaleza, es una violación de esta solidaridad y, por ende, la causa continua de guerras. Tampoco podemos comprender cómo puede alguien hablar de la libertad del proletariado, o de la verdadera emancipación de las masas, dentro del Estado y por medio del Estado. El Estado significa dominio, y cualquier dominio presupone el sometimiento de las masas y, en consecuencia, su explotación para beneficio de una minoría gobernante.

Nosotros no aceptamos, ni siquiera con el propósito de una transición revolucionaria, las convenciones nacionales, las asambleas constituyentes, los gobiernos provisionales o las llamadas dictaduras revolucionarias, porque estamos convencidos de que la revolución sólo es sincera y permanente dentro de las masas; que, cuando se concentra en las manos de unos pocos individuos gobernantes, inevitable e inmediatamente se convierte en reacción. Tal es nuestra creencia; este no es el momento indicado para explayarse al respecto. Los marxistas profesan ideas muy distintas. Como corresponde a buenos alemanes, son adoradores del poder del Estado y son asimismo necesariamente los profetas de la disciplina política y social, los campeones de un orden social edificado de arriba abajo, siempre en nombre del sufragio universal y la soberanía de las masas a quienes brindan el honor de poder obedecer a sus líderes, sus patrones elegidos. Los marxistas no admiten ninguna otra emancipación que la que esperan de su llamado Estado Popular (Volksstaat).

Entre los marxistas y nosotros se abre un abismo. Ellos son los gubernamentales; nosotros somos anarquistas, pese a todo.

<sup>1</sup> Bakunin utiliza la palabra «política» en un sentido amplio, abarcando no sólo el gobierno o el Estado, sino cualquier área o problema de vida comunitaria distintos a los de salarios y subsistencia. (Nota de S. Dolgoff)

*ra que la mayoría de los asistentes fueran sus partidarios. En dicho Congreso un tribunal de cinco miembros, reunidos a puerta cerrada, decide la expulsión de Bakunin y otros compañeros.*

*La resolución del Congreso de La Haya sentencia:*

La comisión encargada de la investigación sobre la Alianza (secreta) de la Democracia Socialista estaba integrada por los siguientes ciudadanos: Cuno (33 votos), Lucain (24), Splingard (31), Vichard (30), Walter (29).

En su informe al Congreso la mayoría de esta comisión declaraba que «la Alianza secreta fue fundada con estatutos completamente opuestos a los de la Internacional». Y proponía:

Excluir de la Internacional a Mijail Bakunin, como fundador de la Alianza y por un hecho personal;

Excluir a Guillaume y a Schwitzguebel como miembros de la Alianza;

Excluir a [...]

Queda por constatar que estas votaciones sobre la Alianza han sido tomadas después de la partido forzosa de gran número de delegados franceses y alemanes.

*El día siguiente al Congreso de La Haya, de 5 de septiembre de 1872, se reunió otro Congreso de la Internacional con las delegaciones de las federaciones de Italia, España, Suiza, Jura, así como representantes de las secciones de Francia y Estados Unidos, en St. Imier, Suiza. El congreso declaró unánimemente:*

Se rechazan de forma absoluta todas las resoluciones del Congreso de La Haya y no se reconocen de ninguna manera los poderes del Consejo General nombrado por el mismo.

*El 5 de junio de 1873, el Consejo General, que había sido trasladado a Nueva York, ejerció los poderes otorgados por el Congreso de La Haya; suspendió a la Federación del Jura declarándola subversiva. Como resultado, la Federación holandesa, que había sido neutral, se unió a las siete federaciones de la Internacional, con la declaración del 14 de febrero de 1873, según la cual se negaba a reconocer la «suspensión» de la Federación del Jura. Así las secciones antiautoritarias convocaron el sexto Congreso de la Internacional, en septiembre de 1873 en Ginebra, dándole carácter antipolítico a la Asociación y disolviendo el Consejo General.*

*Unos meses antes, Marx y el pequeño grupo que aún le era fiel, publican un panfleto en francés, lleno de mentiras, titulado La Alianza de la Social Democracia y la Internacional que no produjo más que un mayor rechazo a sus intentos. Las informaciones, adaptadas y deformadas de la realidad, que constituyeron la base de este folleto, le fueron remitidas a Marx por Nikolai Utin. Nicholas Utin (1845-1883) era hijo de un rico comerciante ruso de licores. Se fue de Rusia a Suiza. Más tarde, el zar le perdonó y le permitió regresar a Rusia donde hizo fortuna como especulador durante la guerra. Al mostrarse un decidido partidario de Marx, quien maniobró para su nombramiento en el Consejo General de la Internacional como Secretario Delegado de Rusia, los marxistas le confiaron la tarea de reunir (o fabricar) «información» contra Bakunin. Utin siempre se manifestó enemigo de Bakunin. La siguiente es parte de una carta que éste le envía a Marx, fechada el 1º de noviembre de 1872, con las informaciones para el folleto:*

en la lucha que hasta Marx y Engels tuvieron que reconocerlo. Derrotada la insurrección por las tropas prusianas Bakunin es detenido en Chemnitz la noche del 9 al 10 de mayo de 1849. Bakunin, que estaba condenado a muerte en Rusia, Prusia, Austria, Italia y Francia, es encarcelado en una fortaleza alemana y condenado a muerte en enero de 1850. Conmutada la pena por prisión perpetua es entregado a Austria, primero encarcelado en Praga y luego en Olmütz y sentenciado a la horca en marzo de 1851. Conmutada nuevamente la pena por prisión perpetua es encadenado por largos meses a un muro. Luego es entregado al gobierno ruso y confinado a las mazmorras de la Fortaleza de Pedro y Pablo. En continuo aislamiento los paseos por el patio los realizaba engrillado de pies y manos y cuidadosamente vigilado. En 1854 es transferido a la prisión de Schlüsselberg hasta que en 1857 es condenado al exilio perpetuo en Siberia. A mediados de junio de 1861 se escapa a pie perseguido por centinelas y patrullas hasta lograr embarcarse hasta Japón y luego a San Francisco de California. Vía Panamá navega hasta Nueva York hasta que en diciembre del mismo año llega a Londres donde se reencuentra con sus antiguos compañeros. Debe señalarse que hasta ese momento los que habían logrado fugarse de la región siberiana se contaban con los dedos de una mano.

*Durante sus años de cautiverio los rumores de que Bakunin era un agente del zar continuaron. En 1871 escribe:*

En octubre [de 1864] volví a Londres. Fue entonces cuando recibí una nota de Marx que todavía conservo y en la que me preguntaba si estaba dispuesto a recibirle en mi casa a la mañana siguiente. Contesté afirmativamente, y él vino. Entonces me dio explicaciones. Me juró que nunca había dicho ni hecho nada contra mí, que, por el contrario, siempre había tenido por mí una sincera amistad y un gran aprecio. Yo sabía que lo que me decía no era cierto en absoluto, pero la verdad es que no le guardaba ningún rencor. Además, desde otro punto de vista me interesaba mucho reanudar nuestras relaciones. Yo sabía que él había colaborado con mucha fuerza en la fundación de la Internacional. Había leído el manifiesto escrito por él en nombre del Consejo general provisional, manifiesto notable, serio y profundo como todo lo que sale de su pluma, cuando no se dedica a la polémica personal. En fin, nos despedimos convertidos exteriormente en muy buenos amigos, pero yo no le devolví la visita.

*Bakunin comienza a participar activamente en secciones latinas de la Internacional. A medida que pasaba el tiempo las posiciones marxistas y anarquistas en el seno de la Internacional estaban cada vez más enfrentadas. La serie de intrigas y calumnias por parte del ala marxista a fin de apoderarse completamente de la Asociación culminaron en la convocación, por parte del Consejo General controlado por Marx y Engels, de una conferencia secreta en Londres, en septiembre de 1871, a la que asistieron casi exclusivamente partidarios de Marx. La conferencia adoptó resoluciones que destruyeron la autonomía de las secciones y federaciones de la Internacional y daban al Consejo General poderes que violaban los estatutos fundamentales de la Internacional. Al mismo tiempo, trataba de promover y organizar, bajo la dirección del Consejo General, lo que denominaba «la acción (parlamentaria) política de la clase obrera». La respuesta de rechazo por parte de las secciones contrarias a la participación política no se hizo esperar.*

*Visto la falta de apoyo de parte de la mayoría de las secciones integrantes de la Internacional a su programa e intenciones, Marx promueve, por medio del Consejo General, un Congreso general a realizarse en La Haya para septiembre de 1872. Fue armado de tal modo pa-*

Tales son las dos principales tendencias políticas que en la actualidad dividen a la Internacional en dos campos. Por un lado, no hay nada, propiamente hablando, salvo Alemania; por el otro, encontramos, a distintos niveles, a Italia, España, el Jura suizo, gran parte de Francia, Bélgica, Holanda y en un futuro muy próximo, a los pueblos eslavos. Estas dos tendencias tuvieron un enfrentamiento directo en el Congreso de la Haya y, gracias a la gran habilidad táctica del señor Marx, gracias a la organización enteramente artificial de su último congreso, la tendencia alemana ha prevalecido.

¿Significa esto que esta enojosa cuestión haya sido resuelta? Ni siquiera fue debidamente discutida; la mayoría, después de haber votado como un regimiento bien entrenado, paralizó todas las discusiones con su voto. De este modo, la contradicción aún existe, más aguda y más alarmante que nunca, y el mismo señor Marx, por más intoxicado que esté con su victoria, no se puede imaginar seriamente que ha podido liquidarla a precio tan bajo. Y, si lo hiciera, se debe haber desilusionado rápidamente con la actitud unida de los delegados del Jura, de España, Bélgica y Holanda (para no mencionar Italia que ni siquiera se dignó a enviar delegados a este congreso tan claramente fraudulento), una protesta más bien moderada de tono, sin embargo muy poderosa y profundamente significativa.

Pero ¿qué se debe hacer hoy? Ahora, debido a que una solución o una reconciliación en el campo político es imposible, debemos practicar una mutua tolerancia, dejando a cada país el derecho inalienable de seguir la tendencia política que prefiera, o que encuentre más apropiada a su situación especial. En consecuencia, al rechazar todas las cuestiones políticas del programa obligatorio de la Internacional, debemos buscar el fortalecimiento de la unidad de esta gran asociación únicamente en el campo de la solidaridad económica. Tal solidaridad nos une mientras que las cuestiones políticas nos separan inevitablemente.

Esa es la verdadera base de la unidad de la Internacional: las comunes aspiraciones económicas y el movimiento espontáneo de las masas de todas las naciones -no en ningún gobierno, ni en una uniforme teoría política impuesta a las masas por un congreso general. Es tan evidente que uno debe estar aturdido por el apasionamiento para dejar de entenderlo.

Yo no puedo comprender cómo déspotas con corona, o sin ella, pueden haber soñado en tener el mundo en sus manos. Pero ¿qué se puede decir de un amigo del proletariado, un revolucionario que afirma que realmente desea la emancipación de las masas, cuando posa como director y árbitro supremo de todos los movimientos revolucionarios que pueden surgir en cualquier país y se anima a soñar en someter al proletariado a una única idea pergeñada en su propia mente?

Yo creo que el señor Marx es un revolucionario sincero, aunque no siempre consistente, y que realmente desea la revuelta de las masas. Y me pregunto cómo no ve el establecimiento de una dictadura universal, colectiva o individual, una dictadura que, de una forma u otra, llevaría a cabo las funciones de supremo director de la revolución mundial, regulando y gobernando un movimiento insurrecto de las masas en todos los países, como si fuera una máquina, cómo no ve que el establecimiento de semejante dictadura sería suficiente para matar a la revolución, para paralizar y distorsionar a todos los movimientos populares.

¿Dónde está el hombre, dónde está el grupo de individuos, por más geniales que sean, que se anime a jactarse de que sólo él puede abarcar y comprender la infinita diversidad de intereses, tendencias y actividades en cada país, en cada provincia, en cada localidad, en cada profesión y oficio que en su inmensidad están unidos, pero no regimentados, por ciertos principios fundamentales y por la gran aspiración común, la misma aspiración [la igualdad económica sin

pérdida de autonomía] que, habiendo calado hondo en la conciencia de las mismas masas, constituirá la futura Revolución Social?

¿Y qué puede uno pensar de un Congreso Internacional que, supuestamente en aras de esta revolución, impone al proletariado de todo el mundo civilizado, un gobierno investido de poderes dictatoriales, con el derecho inquisitorial y pontifical de suspender las federaciones regionales de la Internacional y abolir naciones enteras en nombre de un supuesto principio oficial que, de hecho, sólo es idea de Marx, transformado por el voto de una mayoría ficticia, en verdad absoluta? ¿Qué puede uno pensar de un Congreso que, para dejar aún más en claro su locura, relega a América este gobierno dictatorial [el Consejo General de la Internacional] compuesto por hombres quienes, aunque probablemente honestos, sí ignorantes, oscuros, absolutamente desconocidos hasta por el mismo Congreso? Nuestros enemigos, la burguesía, tendrían razón si se burlasen del Congreso y sostuvieran que la Asociación Internacional de Trabajadores combate la tiranía existente sólo para implantar una nueva tiranía sobre sí misma y que, al tratar de buena manera de reemplazar viejos absurdos, los crean nuevos!

## II

El que hombres como los señores Marx y Engels deban ser indispensables para los partidarios de un programa que consagra el poder político y abre las puertas a todas las ambiciones, es algo comprensible. Ya que habrá poder político, necesariamente habrá sometidos, ya que, sin obediencia, no puede haber poder. Uno podría objetar que no obedecerán a hombres, sino a las leyes que ellos mismos han legislado. Pero a eso replico que todos sabemos cómo la gente hace estas leyes y establecen normas de obediencia a estas leyes hasta en los países más libres y democráticos. Cualquiera que no esté metido en un partido que confunde la ficción con la realidad recordará que, inclusive en esos países, el pueblo no obedece las leyes legisladas por el mismo, sino las leyes hechas en su nombre; y que su obediencia a esas leyes jamás puede ser otra cosa que obediencia a la voluntad arbitraria de una minoría tutelar y gobernante; o, en una palabra, un servilismo voluntario.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, que sinceramente queremos la total emancipación popular, vemos con repugnancia otra expresión en este programa: la designación del proletariado, los trabajadores, como clase y no como masa. ¿Sabéis lo que eso significa? Es nada más ni nada menos que el gobierno aristocrático de los obreros de fábricas y de las ciudades sobre los millones que constituyen el proletariado rural, quienes, en las previsiones de los social-demócratas alemanes, se convertirán, en efecto, en los súbditos de su llamado Estado Popular. La «clase», el Estado, el poder son tres términos inseparables, uno de los cuales presupone a los otros dos y que se resumen en lo siguiente: el sometimiento político y la explotación económica de las masas.

Los marxistas piensan que, al igual que en el siglo XVIII la burguesía destronó a la nobleza a fin de tomar su lugar y absorber gradualmente y luego compartir con la misma el dominio y la explotación de los trabajadores de las ciudades y del campo, ahora al proletariado destronará y absorberá a la burguesía y, entonces, en conjunto dominará a los trabajadores rurales...

Aunque difiriendo en este respecto con nosotros, ellos no rechazan por completo nuestro programa. Sólo nos reprochan querer apresurarnos por acelerar la lenta marcha de la historia y por ignorarla ley científica de revoluciones sucesivas en períodos inevitables. Habiendo proclamado en sus obras de análisis filosófico del pasado que la cruenta derrota de los campesinos insurrectos alemanes y el triunfo de los Estados despóticos en el siglo XVI constituían un

*El 6 de julio de 1848 aparece, en el diario que Marx dirigía, el Neue Rheinische Zeitung, la primera mención de una serie de calumnias dirigidas contra Bakunin:*

Se siguen aquí con la mayor atención, a pesar de nuestras disensiones íntimas, las luchas de la raza eslava en Bohemia, Hungría y Polonia. En lo que respecta a la propaganda eslava, ayer nos aseguraron que George Sand se encuentra en posesión de papeles y documentos que comprometen gravemente al señor Bakunin, el ruso proscrito de Francia, y que demuestran que es un instrumento de Rusia o un agente que ha entrado de nuevo a su servicio, y a quien hay que hacer responsable de gran parte de la detención de varios desgraciados polacos efectuada últimamente. Nosotros no tenemos ninguna objeción contra el establecimiento de un imperio eslavo, pero traicionando a los patriotas eslavos no se conseguirá nunca este resultado.

*Al respecto Bakunin escribe en 1871:*

[julio/agosto de 1848] Para castigarme por mi audacia al tratar de conseguir la realización de una idea diferente e incluso opuesta a la suya, Marx se vengó a su manera. Era director de la *Neue Rheinische Zeitung* que aparecía en Colonia. En uno de sus números leí una crónica de París en la que se decía que la señora George Sand (con quien estaba yo relacionado por entonces) se suponía que había dicho a *alguien* que era necesario vigilar a Bakunin porque *podría ser bien* que «fuera algo parecido a un agente ruso».

Esta acusación, que cayó de repente sobre mí como un adoquín en la cabeza justo cuando estaba en plena organización revolucionaria, paralizó completamente mi acción durante algunas semanas. Todos mis amigos alemanes y eslavos se alejaron de mí. Yo era entonces el primer ruso que se había mezclado de manera activa a la revolución; y no hace falta que os explique cuáles son los sentimientos de desconfianza habituales y tradicionales que experimenta en el primer momento todo espíritu occidental cuando oye hablar de un ruso revolucionario. Así pues, escribí a la señora Sand. Ella se apresuró a contestarme incluyéndome la copia de una carta que había dirigido a la redacción de la *Neue Rheinische Zeitung*, ante la cual presentaba un mentís oficial y sincero. Yo me encontraba en Breslau y envié a un amigo polaco a Colonia para exigir una retractación solemne y completa. Marx se retractó, rechazó la culpa sobre el corresponsal de París, declaró que el periódico había publicado esa crónica durante su ausencia; que él me conocía demasiado para saber que yo nunca, etc., etc., añadiendo muchos saludos y asegurándome su amistad y aprecio. La cosa quedó ahí.

Al cabo de algunos meses le encontré en Berlín. Amigos comunes nos forzaron a darnos un abrazo. Y entonces, en medio de una conversación medio en broma, medio en serio, Marx me dijo: «Debes saber que me encuentro ahora a la cabeza de una sociedad comunista secreta tan bien disciplinada que si yo hubiera dicho a uno de sus miembros “Ve y mata a Bakunin”, te hubiera matado». Yo le contesté que si su sociedad secreta no tenía otra cosa que hacer que matar a las personas que no les gustaban, no podía ser otra cosa que una sociedad de criados o fanfarrones ridículos.

Después de esa conversación no volvimos a vernos hasta el año 1864.

*En febrero de 1849 se desata la insurrección en Dresde, Alemania, con el levantamiento de los obreros provenientes de los barrios. Bakunin tuvo tan activa e importante participación*

## RESEÑA SOBRE LA RELACIÓN DE BAKUNIN CON MARX

*Bakunin escribe lo siguiente en diciembre de 1871 sobre su relación con Marx. Los textos están extractados del libro Conversaciones con Bakunin, compilado por Arthur Lehning, Editorial Anagrama, Barcelona.*

Marx y yo somos viejos conocidos. Le encontré por primera vez en París en 1844. Yo era ya un emigrado. Fuimos bastante amigos. El estaba entonces mucho más avanzado que yo, del mismo modo que hoy día es, si no más avanzado, sí mucho más sabio que yo. Yo no sabía entonces nada sobre economía política, no había logrado deshacerme todavía de las abstracciones metafísicas, y mi socialismo era simplemente instintivo. El, aunque más joven que yo, era ya un ateo, un materialista sabio y un socialista por reflexión. Fue precisamente en aquella época cuando elaboró los primeros fundamentos de su actual sistema. Nos vimos bastante a menudo, ya que yo le respetaba mucho por su ciencia y por la seriedad y pasión de su entrega, siempre mezclada de vanidad personal, a la causa del proletariado, y yo buscaba con avidez su conversación instructiva y espiritual cuando sus palabras no me inspiraban un odio mezquino, algo que, ¡ay!, ocurrió demasiado a menudo. Pero nunca hubo una franca intimidad entre nosotros dos. Nuestros temperamentos no concordaban. El me decía que yo era un idealista sentimental, y tenía razón; yo le llamaba pérfido vanidoso e hipócrita, y también yo tenía razón.

En 1848 [en Bruselas], [Marx y yo] vimos que nuestras opiniones eran opuestas. Y debo decir que la razón estuvo mucho más de su lado que del mío. El acababa de fundar una sección de comunistas alemanes tanto en París como en Bruselas y, aliado con los comunistas franceses y algunos comunistas ingleses, había formado, con el apoyo de su amigo y compañero inseparable Engels, una primera asociación internacional de comunistas de diferentes países en Londres. Allí, junto a Engels, redactó en nombre de esta asociación, un escrito excesivamente notable, conocido bajo el título de *Manifiesto de los comunistas*.

Yo estaba, arrastrado por el movimiento revolucionario de Europa, mucho más preocupado por el lado negativo que por el lado positivo de esta revolución, es decir que me afectó más la destrucción de lo existente que la edificación y organización de lo que debía llegar a existir.

Sin embargo, hubo un punto en el que fui yo y no él quien tuvo razón. Como esclavo, yo quería la emancipación de la raza eslava del yugo de los alemanes por medio de la revolución, es decir mediante la destrucción de los imperios rusos, austriacos, prusiano y turco, y con la reorganización de los pueblos, de abajo arriba, con su propia libertad, sobre la base de una completa igualdad económica y social, y no por medio de la fuerza de una autoridad, por revolucionaria que ella misma diga que es y por inteligente que en realidad sea.

Ya entonces la diferencia de los sistemas que actualmente nos separan, de una completamente reflexiva por mi parte ahora, se había esbozado. Mis ideas y mis aspiraciones no le gustaban nada a Marx en primer lugar porque no eran las suyas; también porque eran contrarias a sus convicciones de comunista autoritario; y en último lugar porque como patriota alemán no admitía entonces, como sigue sin admitir ahora, el derecho de los eslavos a emanciparse del yugo de los alemanes, ya que piensa, tanto hoy como entonces, que los alemanes están llamados a civilizarlos, es decir germanizarlos con su consentimiento o por la fuerza.

gran movimiento de avance revolucionario, ahora tienen las agallas de pedir el establecimiento de un nuevo despotismo, supuestamente en beneficio de los trabajadores urbanos y en detrimento de los trabajadores del campo.

Esta misma lógica lleva a los marxistas directa y fatalmente a lo que nosotros denominamos el *socialismo burgués* y a la conclusión de un nuevo pacto político entre los burgueses «radicales» o que se ven obligados a serlo, y la mayoría aburguesada «inteligente» y «respetable» de los trabajadores urbanos, en detrimento de las masas proletarias no sólo en el campo, sino también en las ciudades.

Tal es el significado de las candidaturas obreras a los parlamentos de los Estados existentes y el de la conquista del poder político. ¿Acaso no es evidente que la naturaleza popular de ese poder nunca será otra cosa que una ficción? Obviamente es imposible que miles, en realidad unos pocos miles, de personas ejerzan ese poder eficazmente. Necesariamente tendrán que ejercer ese poder representados por terceros, confiarlo a un grupo de hombres elegidos para representarlos y gobernarlos... Después de un breve período de libertad o euforia revolucionaria, estos nuevos ciudadanos del nuevo Estado se despertarán para encontrarse nuevamente como peones y víctimas de los nuevos grupos de poder...

Tengo toda la confianza de que en unos pocos años hasta los trabajadores alemanes irán por el camino que más les convenga, siempre y cuando nos permitan tener la misma libertad. Hasta reconocemos la posibilidad de que su historia, su naturaleza especial, el estado de su civilización y toda su situación hoy les obligue a seguir ese camino. Que los trabajadores alemanes, americanos e ingleses y los de otras naciones marchen con la misma energía hacia la destrucción de todo el poder político, que haya libertad para todos y un respeto natural por esa libertad, tales son las condiciones esenciales de la solidaridad internacional.

A fin de apoyar su programa para la conquista del poder político, Marx dispone de una teoría muy especial, que no es otra cosa que la consecuencia lógica de todo su sistema. Sostiene que la condición política de cada país siempre es el producto y la fiel expresión de su situación económica; para cambiar la primera sólo es necesario transformar la segunda. En eso radica todo el secreto de la evolución histórica según Marx. No toma en consideración los otros factores de la historia, tal como la omnipresente reacción de las instituciones políticas, jurídicas y religiosas dentro de la situación económica. El dice: «La pobreza produce la esclavitud política, el Estado». Pero no permite que se dé la vuelta a estas palabras para decir: «La esclavitud política, el Estado, reproduce a su vez la pobreza y la mantiene como condición de su propia existencia, de modo que para destruir la pobreza, ¡es necesario destruir el Estado!». Y resulta extraño que Marx, quien prohíbe que sus discípulos consideren la esclavitud política, el Estado, como la verdadera causa de la pobreza, ¡ordene a sus seguidores en el Partido Social-Demócrata a que consideren la conquista del poder político como una condición absolutamente preliminar necesaria para la emancipación económica!

[Insertamos aquí un párrafo del discurso de Bakunin en septiembre de 1869, durante el Congreso de la Internacional, en el cual presenta otra objeción a la teoría del determinismo económico de Marx:]

El informe del Consejo General de la Internacional [redactado por Marx] dice que, debido a que el hecho jurídico no es más que la consecuencia del hecho económico, es por tanto necesario transformar a este último a fin de eliminar al primero. Es un hecho incontestable que lo que se ha llamado derecho jurídico o político en la historia siempre ha sido la expresión y el producto de un hecho concreto. Pero también es incontestable que, después de haber sido el efecto de actos o hechos previamente sucedidos, este derecho causa a su vez otros efectos,

transformándose en un hecho muy real y poderoso que se debe eliminar si se desea un orden diferente al actual de las cosas. Y, de este modo, el derecho hereditario, después de haber sido la consecuencia natural de la apropiación violenta de la riqueza natural y social, luego se convirtió en la base del Estado político y de la familia jurídica, que garantizan y defienden la propiedad privada...

Del mismo modo, Marx ignora completamente a un elemento de suma importancia en el desarrollo histórico de la humanidad, es decir, el temperamento y carácter peculiares a cada raza y cada pueblo que en sí mismos son el producto natural de un sinnúmero de causas étnicas, climatológicas, económicas e históricas, pero que ejercen, inclusive aparte e independientes de las condiciones económicas de cada país, una influencia considerable en sus destinos y hasta en el desarrollo de sus fuerzas económicas. Entre estos elementos y aquellos denominados características naturales, hay uno cuya acción es completamente decisiva en la historia particular de cada pueblo; se trata de la intensidad del espíritu de revuelta y, con ella, quiero decir la parte de libertad de que está dotado o que ha conservado cada pueblo. Este instinto es un hecho completamente primordial y animal; uno lo encuentra en diversos grados en cada ser viviente, y la energía y el poder vital de cada uno deben ser medidos por su intensidad. En el Hombre este instinto, aparte de las necesidades económicas que le impulsan, se convierte en el agente más poderoso de la total emancipación humana. Y, debido a que es un asunto más de temperamento que de intelecto o cultura moral, a veces sucede que un pueblo civilizado lo posee sólo en un grado débil, ya sea porque lo ha agotado en su desarrollo previo, o porque su civilización le ha desprovisto del mismo, o posiblemente porque desde el principio estuvo menos dotado de él que otros pueblos...

El razonamiento de Marx termina en una contra dicción absoluta. Tomando en consideración sólo la cuestión económica, insiste en que sólo los países más avanzados, aquellos en los que la producción capitalista ha alcanzado el mayor desarrollo, son los más capaces de hacer la Revolución Social. Estos países civilizados, con la exclusión de todos los demás, son los únicos destinados a iniciar y llevar a cabo la revolución. Esta revolución expropiará ya sea por medios pacíficos, graduales, ya sea por medios violentos, a los actuales propietarios y capitalistas. A fin de apropiarse de las tierras y del capital y de llevar a cabo sus intensos programas económicos y políticos, el Estado tendrá que ser muy poderoso y sumamente centralizado. El Estado revolucionario administrará y dirigirá el cultivo de la tierra por medio de sus autoridades asalariadas que comandarán a los ejércitos de campesinos, organizados y disciplinados con ese propósito. Al mismo tiempo, sobre la ruina de los bancos existentes, se levantará un único banco estatal que financiará todo el comercio laboral y nacional.

Rápidamente se hace evidente que un plan, al parecer tan simple, de organización puede entusiasmar la imaginación de los trabajadores, quienes desean tanto la justicia como la libertad y quienes tontamente se imaginan que una puede existir sin la otra; ¡como si, a fin de consolidar y conquistar la justicia y la igualdad, uno pudiera depender de los esfuerzos de los demás, en especial de los gobiernos, sin considerar cómo han sido elegidos o cómo son controlados, para que hablen y actúen en nombre del pueblo! Porque para el proletariado esto, en realidad, no será más que una barraca: un régimen, donde dormirán, se despertarán, trabajarán y vivirán al son del tambor hombres y mujeres -regimiento donde los astutos y los cultos obtendrán privilegios gubernamentales; y donde aquellos con mentalidad mercenaria, atraídos por la inmensidad de las especulaciones internacionales del banco estatal, encontrarán un amplio campo para negocios lucrativos y secretos.

tirá en educar y elevar al pueblo económica y políticamente hasta tal punto que pronto ese gobierno será innecesario; y el Estado, después de perder su carácter político y coercitivo, automáticamente se transformará en una organización completamente libre de intereses económicos y comunas.

Hay una contradicción flagrante en esta teoría. Si su Estado será realmente del pueblo, ¿por qué eliminarlo? Y si el Estado es necesario para emancipar a los trabajadores, entonces, los trabajadores aún no son libres, por tanto, ¿por qué llamarlo un Estado Popular? Durante nuestra polémica, nosotros les hemos hecho darse cuenta de que la libertad o la anarquía, que significan una libre organización de las masas trabajadoras desde abajo para arriba, es el objetivo final del desarrollo social, y que cualquier Estado, sin exceptuar el Estado Popular, es un yugo que, por un lado, da lugar al despotismo y, por otro, a la esclavitud. Dicen que semejante yugo dictatorial es un paso de transición hacia el logro de la completa libertad del pueblo: el anarquismo y la libertad son el objetivo, mientras que el Estado y la dictadura son los medios y, por tanto, a fin de liberar las masas populares, ¡primero deben ser esclavizadas!

Nuestra polémica se detiene al llegar a esta contradicción. Ellos insisten en que sólo la dictadura (por supuesto de ellos) puede crear la libertad del pueblo. Replicamos que toda dictadura no tiene otro objetivo que su propia perpetuación y que sólo esclavitud puede generar y fomentar en el pueblo que la sufre. La libertad únicamente puede ser creada por la libertad, por una rebelión total del pueblo y por la organización desde abajo y voluntaria del pueblo.

La teoría social de los socialistas antiestatales, o anarquistas, les lleva directa e inevitablemente hacia un rompimiento con todas las formas del Estado, con todas las variedades de la política burguesa y no les deja otra posibilidad que la Revolución Social. La teoría opuesta, el comunismo estatal y la autoridad de los científicos, atrae y confunde a sus seguidores y con el pretexto de la táctica política, hace tratos continuos con los gobiernos y los distintos partidos políticos burgueses y conduce directamente a la reacción.

El punto crucial de este programa es que el Estado sólo va a liberar al (pseudo) proletariado. Con este propósito, el Estado debe acordar liberar al proletariado de la opresión del capitalismo burgués. ¿Cómo es posible imponer semejante voluntad al Estado? El proletariado debe tomar posesión del Estado por medio de una revolución, una tarea heroica. Pero, una vez que el proletariado se apodere del Estado, debe moverse de inmediato para abolir esta eterna prisión del pueblo. Pero, según el señor Marx, el pueblo no sólo no debe abolir el Estado, sino por el contrario, debe fortalecerlo, agrandarlo y entregarlo a la total disposición de sus benefactores, guardianes y maestros -los líderes del partido comunista, me refiero al señor Marx y a sus amigos-, quienes entonces liberarán al pueblo a su modo. Concentrarán todo el poder administrativo en sus propias manos porque el pueblo ignorante tiene necesidad de guardianes poderosos; y crearán un banco central, estatal, que también controlará todo el comercio, la industria, la agricultura y hasta la ciencia. La masa del pueblo estará dividida en dos ejércitos, el agrícola y el industrial, bajo las órdenes directas de los ingenieros estatales que constituirán la nueva clase político-científica privilegiada.

truyera ese poder liberando a las masas, esta minoría pseudo revolucionaria quedaría imposibilitada de subyugar a las masas a fin de ser ella misma la beneficiaria de su propia política de gobierno.

Ya hemos expresado en distintas oportunidades nuestra profunda aversión a las teorías de Lassalle y Marx que recomiendan a los trabajadores, si no como idea definitiva, al menos como objetivo inmediato, la creación de un *Estado popular*, el cual, según su interpretación, no será otra cosa que «el proletariado elevado al status de clase gobernante».

Preguntemos, si el proletariado va a ser la clase gobernante, ¿a quiénes gobernará? En suma, habrá otro proletariado que será sometido al nuevo poder, al nuevo Estado. Por ejemplo, la «gleba» campesina, que, como se sabe, no cuenta con la simpatía de los marxistas quienes la consideran como representante de un nivel más bajo de cultura, probablemente será gobernada por el proletariado de las ciudades. O, si este problema recibe un enfoque nacionalista, los eslavos quedarán en la misma relación subordinada al victorioso proletariado alemán que éste ahora a la burguesía alemana.

Si hay un Estado, debe existir el dominio de una clase por otra y, en consecuencia, esclavitud; el Estado sin esclavitud es inimaginable. Y por esta razón, nosotros somos enemigos del Estado.

¿Qué significa que el proletariado sea elevado al status de clase dominante? ¿Es posible que todo el proletariado esté a la cabeza del gobierno? Hay casi cuarenta millones de alemanes. ¿Los cuarenta millones pueden ser miembros del gobierno? En tal caso, no habrá gobierno, no habrá Estado, pero, si va a haber un Estado, habrá quienes gobiernen y quienes sean esclavos.

La teoría marxista resuelve este dilema de forma harto simple. Por gobierno popular, ellos quieren decir el gobierno de una pequeña cantidad de representantes elegidos por el pueblo. El derecho general y de todo hombre a elegir los representantes del pueblo es la última palabra de los marxistas así como de los demócratas. Ésta es una mentira detrás de la cual se oculta el despotismo de una minoría dominante, una mentira mucho más peligrosa, ya que parece expresar la llamada voluntad popular.

Por último, desde cualquier punto de vista que miremos esta cuestión, siempre llegamos a la misma conclusión melancólica: el gobierno de las grandes masas del pueblo en manos de una minoría privilegiada. Los marxistas dicen que esta minoría estará compuesta de trabajadores. Sí, posiblemente de ex-trabajadores quienes, tan pronto como se conviertan en gobernantes y representantes del pueblo, dejarán de ser trabajadores y contemplarán a las simples masas trabajadoras desde las alturas palaciegas del Estado; ya no representarán más al pueblo sino a sí mismos y a sus deseos de gobernar al pueblo. Quienes duden de esto, muy poco conocen la naturaleza humana.

Estos representantes elegidos, dicen los marxistas, serán socialistas dedicados y cultos. Las expresiones «socialista culto», «socialismo científicos», etcétera, que aparecen continuamente en los discursos y escritos de los partidarios de Lassalle y Marx, prueban que el pseudo-Estado Popular no será otra cosa que el control despótico del populacho por una nueva aristocracia nada numerosa de pseudocientíficos y verdaderos científicos. El pueblo «inculto» quedará totalmente aparte de los deberes de la administración y será tratado como un rebaño regimado. ¡Una hermosa liberación, sin duda!

Los marxistas son conscientes de sus contradicciones y se dan cuenta de que un gobierno de científicos será una verdadera dictadura pese a su forma democrática. Se consuelan con la idea de que este gobierno será temporario. Dicen que la única labor y el único objetivo consis-

Habrá esclavitud dentro de este Estado y con el extranjero habrá guerra sin tregua, al menos hasta que las razas «inferiores», latinas y eslavas, cansadas de la civilización burguesa, ya no se resignen más al sometimiento al Estado, que será aún más despótico que el Estado anterior, aunque se llame Estado Popular.

La Revolución Social, tal como la imaginan y la desean los trabajadores latinos y eslavos, es infinitamente más amplia en perspectiva que la propuesta por el programa alemán o marxista. Para ellos no se trata de la emancipación de la clase trabajadora, parsimoniosamente dada en pequeñas cantidades y realizable en un futuro remoto, sino más bien la emancipación completa y real de todos los trabajadores, no sólo en algunas, sino en todas las naciones, «desarrolladas» o «subdesarrolladas». Y el primer lema de esta emancipación no puede ser otro que la *libertad*. No la libertad política burguesa tan ensalzada y recomendada por Marx y sus partidarios, como primer paso en la conquista de la total libertad, sino una *amplia libertad humana*, una libertad que destruya todos los grillos políticos, metafísicos y dogmáticos que hoy día soportan todos, que brindará a cada uno, tanto cuerpos colectivos como individuales, una total autonomía en sus actividades y su desarrollo, libres de una vez para siempre de inspectores, directores y guardianes.

El segundo lema de esta emancipación es la *solidaridad*, no la solidaridad marxista, decretada desde arriba por un gobierno, por trucos o por la fuerza, sobre la masa; no esa unidad de la totalidad que es la negación de la libertad de cada uno y que, por ese mismísimo hecho, se convierte en falsa, en una ficción que esconde la realidad de la esclavitud, sino esa solidaridad que es, por el contrario, la confirmación y la realización de toda libertad, pues no tiene sus orígenes en ninguna ley política de ninguna especie, sino en la inherente naturaleza social del Hombre, en virtud de la cual ninguno es libre si todos los demás que le rodean y ejercen una influencia, directa o indirectamente, en su vida, no son igualmente libres...

La solidaridad que se busca, lejos de ser el producto de una organización autoritaria artificial, sólo puede ser el producto espontáneo de la vida social, tanto económica como moral; el resultado de la libre federación de intereses, aspiraciones y tendencias comunes... Tiene como base esencial la igualdad, el trabajo colectivo -obligatorio no por ley, sino por la fuerza de las realidades- y la propiedad colectiva; a modo de luz y guía, tiene la experiencia, la práctica de la vida colectiva, el conocimiento y el aprendizaje; como último objetivo, el establecimiento de una humanidad libre que comienza con la caída de todos los Estados.

Este es el ideal, no divino, no metafísico, sino el humano y práctico<sup>2</sup>, que corresponde a las aspiraciones modernas de los pueblos latinos y eslavos. Ellos quieren una libertad plena, una solidaridad completa, una igualdad absoluta; en suma, quieren una humanidad a gran escala y no aceptarán nada menos, siquiera con el pretexto de que la libertad limitada sólo es temporaria. Los marxistas denunciarán estas aspiraciones como locuras, como hace tiempo ya lo hacen, pero los pueblos latinos y eslavos jamás intercambiarán estos objetivos magníficos por los lugares comunes totalmente burgueses del socialismo marxista.

<sup>2</sup> Nota al dorso de página

<sup>2</sup> Práctico, en el sentido en que su realización será menos difícil que la de la idea marxista que, además de la mezquindad de su programa, tiene el grave inconveniente de ser absolutamente impracticable. No será la primera vez que hombres inteligentes y racionales, partidarios de cosas posibles y prácticas, sean llamados «utópicos» y aquellos que ahora son calificados de utópicos mañana sean reconocidos como hombres prácticos. El absurdo del sistema marxista consiste precisamente en la vana esperanza de que, delimitando excesivamente el programa socialista para que resulte aceptable a los burgueses radicales [liberales], transformará a estos últimos en siervos involuntarios y desganados de la Revolución Social. Este es el gran error. Todas las experiencias de la historia demuestran que una alianza hecha entre diferentes partidos siempre se presta al beneficio del partido más reaccionario; esta alianza debilita necesariamente al partido más progresista al disminuir y distorsionar su programa, al reducir su fortaleza moral y su confianza en sí mismo; mientras que un partido reaccionario, cuando es culpable de falsedad, está actuando de forma normal y simplemente es fiel a sí mismo, y hasta se las arregla para conseguir la reputación inmerecida de veraz. Uno no debe olvidarse jamás del ejemplo de Mazzini, quien, pese a su rígido republicanismo, se pasó toda la vida pactando con la monarquía y siempre terminó siendo su títere. Tampoco vacilo en manifestar que todos los coqueteos marxistas con la burguesía radical, ya sea reformista o «revolucionaria», sólo pueden conducir a la desmoralización y desorganización del naciente poder del proletariado y, en consecuencia, a una nueva consolidación del poder establecido de los gobernantes burgueses.

La insurrección comunista de la Comuna de París de marzo de 1871 inauguró la Revolución Social. La importancia de esta revolución reside, no en los intentos muy débiles que la Comuna tuvo el tiempo y la oportunidad de realizar, sino más bien en las ideas que avivó, la luz deslumbrante que arrojó a la verdadera naturaleza y finalidad de la Revolución, y las esperanzas que se han despertado en todos lados. Generó un tremendo poder entre las masas de todos los países, en especial en Italia, donde el despertar popular nació de esta insurrección contra el Estado.

El efecto de esta revuelta ha sido tan poderoso que los mismos marxistas, cuyas ideas fueron totalmente rebatidas por esos hechos, se han visto en la obligación de sacarse el sombrero ante ella. En realidad, hicieron algo más que eso: contra la lógica más elemental y sus propios sentimientos reales, proclamaron que su causa y programa son los de ellos. Han visto el poder apasionado que esta revolución ha encendido en todos. [Nota de Bakunin]

declaramos los enemigos de todo gobierno, de todo poder estatal y de toda organización gubernamental en general. Pensamos que el pueblo puede ser libre y feliz únicamente cuando esté organizado de abajo arriba en asociaciones completamente independientes y libres, sin el paternalismo gubernamental, aunque sin carecer de las influencias de una variedad de grupos e individuos libres.

Tales son nuestras ideas como revolucionarios sociales y, en consecuencia, nos llaman anarquistas. No protestamos contra esta denominación, porque de hecho, somos enemigos de cualquier poder gubernamental ya que sabemos que semejante poder corrompe tanto a quienes se cobijan bajo su manto como a aquellos que se ven obligados a someterse a él. Bajo su influencia perniciosa, los primeros se vuelven ambiciosos y tiranos egoístas, explotadores de la sociedad en favor de sus intereses personales o de clase; los segundos se convierten en esclavos.

Los idealistas de todas clases -metafísicos, positivistas, aquellos que apoyan el gobierno de la ciencia sobre la vida, los revolucionarios doctrinarios-, todos defienden la idea del Estado y el poder estatal con la misma elocuencia, porque en ellos ven, como consecuencia de sus propios sistemas, la única salvación para la sociedad. De modo bastante lógico, ya que han aceptado las premisas básicas (que nosotros consideramos totalmente erróneas) de que el pensamiento precede la vida, que la teoría es anterior a la experiencia social y, por tanto, que la ciencia social tiene que ser el punto de partida de todos los levantamientos y reconstrucciones sociales. Inevitablemente luego llegan a la conclusión de que, debido a que el pensamiento, la teoría y la ciencia, al menos en nuestro tiempo, están en posesión de unos pocos, esos pocos deben ser los líderes de la vida social, no sólo sus iniciadores, sino también los líderes de todos los movimientos populares. Al día siguiente de la revolución, el nuevo orden social no debe ser organizado por la asociación libre de las organizaciones populares o sindicales, locales o regionales, desde abajo hacia arriba, según las exigencias y necesidades del pueblo, sino únicamente por el poder dictatorial de esa minoría culta que pretende expresar la voluntad del pueblo.

Esta ficción de gobierno pseudo representativo sirve para ocultar el dominio de las masas por un puñado de privilegios; una élite elegida por las hordas del pueblo que son arreadas y que no saben por quién o por qué votan. Sobre esta expresión artificial y abstracta de lo que falsamente se imaginan que es la voluntad popular y de la cual los seres vivientes no tienen la menor idea, ellos construyen la teoría del Estado como la teoría de la llamada dictadura revolucionaria.

Las diferencias entre la dictadura revolucionaria y el Estado son superficiales. Fundamentalmente, ambas representan el mismo principio de gobierno de una minoría sobre una mayoría en nombre de la supuesta «estupidez» de la última y de la supuesta «inteligencia» de la primera. En consecuencia, ambas son igualmente reaccionarias, ya que ambas directa e indirectamente deben conservar y perpetuar los privilegios económicos y políticos de la minoría gobernante y la sujeción política y económica de las masas populares.

Ahora queda claro por qué los revolucionarios dictatoriales, quienes pretenden derrocar los poderes existentes y las estructuras sociales a fin de erigir sobre sus ruinas su propia dictadura, nunca fueron ni jamás serán los enemigos del gobierno, sino, por el contrario, siempre serán los promotores más entusiastas de la idea del gobierno. Únicamente son enemigos de los actuales gobiernos porque desean reemplazarlos. Son los enemigos de las estructuras gubernamentales actuales porque ésta excluye la posibilidad de su propia dictadura. Al mismo tiempo, son los amigos más devotos del poder gubernamental. Porque, si la Revolución realmente des-

Debemos respetar a los científicos por sus méritos y logros, pero, a fin de evitar que corrompan sus propias normas morales e intelectuales, no se les debe dar ningún privilegio especial y ningún otro derecho que los que ya tienen todos los demás, por ejemplo, la libertad de expresar sus convicciones, ideas y conocimiento. Ni ellos ni ningún otro grupo especial deben tener poder sobre los demás: quien recibe poder se convertirá inevitablemente en un opresor y explotador de la sociedad.

Pero se nos dice: «La ciencia no siempre será el patrimonio de unos pocos. Llegará un tiempo en que será accesible a todos». Tal tiempo está aún muy distante y habrá muchos levantamientos sociales antes de que ese sueño se convierta en realidad. Y aún entonces, ¿quién querrá poner su destino en manos de los sacerdotes de la ciencia?

A nosotros nos parece que cualquiera que considere que, después de una revolución social, todos recibirán la misma educación, está muy equivocado. La ciencia, entonces como ahora, seguirá siendo uno de los muchos campos de especialización, aunque deje de ser accesible sólo a unos pocos de una clase privilegiada. Con la eliminación de las distinciones de clase, la educación estará al alcance de todos aquellos que tengan la capacidad y el deseo de tenerla, pero en detrimento del trabajo manual, que será obligatorio para todos.

Habrà una educación científica general, accesible a todos, en especial el aprendizaje del método científico, el hábito del pensamiento correcto, la habilidad de generalizar a partir de los hechos y hacer deducciones más o menos correctas. Pero cerebros enciclopédicos y sociólogos avanzados<sup>2</sup>, habrá muy pocos. Sería muy triste para la humanidad que en un momento dado la especulación teórica fuera la única fuente de luz para la sociedad, en caso de que, sólo la ciencia estuviera a cargo de la administración de la sociedad. La vida se debilitaría y la sociedad humana se transformaría en una horda servil y sin voz. El dominio de la vida por la ciencia no puede dar más resultados que la brutalización de la humanidad.

Nosotros, los anarquistas revolucionarios, somos partidarios de la educación para todo el pueblo, de la emancipación y de la expansión lo más amplia posible de la vida social. En consecuencia, somos los enemigos del Estado y de toda forma de principio estatal. En oposición a los metafísicos, los positivistas y todos los adoradores de la ciencia, declaramos que la vida social y natural siempre está antes que la teoría, que sólo es una de sus muchas manifestaciones, pero jamás su creadora. Del fondo de sus insondables profundidades, la sociedad se desarrolla por medio de una serie de acontecimientos, pero no sólo por el pensamiento. La teoría siempre es creada por la vida, pero jamás al revés; como hitos y señales en el camino, sólo indica la dirección y los diferentes estadios del desarrollo independiente y único de la vida.

De acuerdo con esta idea, no queremos ni deseamos imponer a nuestro pueblo, ni a ningún otro, cualquier esquema de organización social sacado de los libros o inventado por nosotros. Estamos convencidos de que las masas del pueblo llevan en sí mismas, en sus instintos (más o menos desarrollados por la historia), en sus necesidades cotidianas y en sus aspiraciones conscientes o inconscientes, todas las semillas de la futura organización social. Buscamos este ideal en el mismo pueblo. Cada poder estatal, cada gobierno, por su propia naturaleza, se coloca fuera y por encima del pueblo e inevitablemente le subordina a una organización y a objetivos que son ajenos y opuestos a las verdaderas necesidades y aspiraciones del pueblo. Nos

<sup>2</sup> Por sociólogos, Bakunin quería decir aquellos a quienes hoy día nosotros llamamos «generalistas», hombres que saben lo suficiente de todos los campos especializados para tratar de toda la gama de tareas intelectuales. (Nota de S. Dolgoff)

## LA INTERNACIONAL Y CARLOS MARX (1872)

*El siguiente texto, «La Internacional y Carlos Marx» [del “Imperio Knouto-Germánico”] se centra en la crítica de Bakunin al marxismo; crítica que es siempre más pertinente a medida que continúa en todos lados la reevaluación del marxismo.*

*Este texto fue escrito cuando el enfrentamiento decisivo entre las facciones autoritarias y antiautoritarias de la Internacional había alcanzado su punto culminante con la expulsión de Bakunin y Guillaume durante el célebre Congreso de la Haya en 1872. La primera parte se refiere a la conducta de Marx en la Internacional y señala las diferencias de principio y tácticas entre las dos facciones opuestas. Asimismo, trata de los principios básicos del sindicalismo revolucionario, incluyendo una crítica del marxismo, en especial en relación con el movimiento obrero. Bakunin desarrolla temas vitales como: 1) los liberales burgueses pro-laboristas; 2) si debe el Consejo General asumir poderes dictatoriales en la Internacional; 3) si la Internacional debe ser un modelo de la nueva sociedad que está tratando de construir o una réplica del Estado; 4) la relativamente próspera «casta semiburguesa de artesanos y obreros industriales» que fácilmente podrían constituir una «cuarta clase gobernante» (siendo las otras tres la Iglesia, la burocracia de Estado y los capitalistas); y 5) la confianza de Bakunin en el potencial revolucionario de las masas más oprimidas, más pobres y alienadas que él denomina, «la flor del proletariado».*

*La segunda parte trata principalmente de la crítica de Bakunin a la teoría marxista del materialismo histórico y del determinismo económico, sosteniendo que los acontecimientos decisivos que conforman las «leyes de la historia» fatalistas de Marx no son ni inevitables, ni necesariamente progresivas.*

*Sam Dolgoff*

Cuando se trata de explotar, la burguesía practica la solidaridad. Para combatirla, los explotados deben hacer lo mismo; y la organización de esta solidaridad es el único objetivo de la Internacional. Este objetivo, tan simple y tan claramente expresado en los estatutos originales, es la única obligación legítima que todos los miembros, secciones y federaciones de la Internacional deben aceptar. Y esto ya se ha llevado a cabo. Lo demuestra el hecho de que, en apenas ocho años, más de un millón de trabajadores se han afiliado y unido sus fuerzas bajo la bandera de esta organización que, de hecho, se ha convertido en un poder verdadero, un poder al que ahora los monarcas más poderosos se ven obligados a prestar atención.

Pero todo poder implica ambiciones, y el señor Marx y compañía, sin haber jamás tenido en cuenta la naturaleza y la fuente del poder prodigioso de la Internacional, parecen imaginarse que pueden transformarla en un medio o instrumento para la realización de sus propias pretensiones políticas. El señor Marx, quien fue uno de los principales iniciadores de la Internacional (un título de gloria que nadie puede poner en duda) y quien en los últimos ocho años ha prácticamente monopolizado el Consejo General, tendría que haber comprendido mejor que nadie dos cosas que son evidentes y que sólo los cegados por la vanidad y la ambición pueden ignorar: 1º) que el espléndido crecimiento de la Internacional se debe a la eliminación en su programa oficial y en sus normas de todas las cuestiones políticas y filosóficas, y 2º) al estar basadas todas sus secciones y federaciones en el principio de la autonomía y la libertad, la Internacional felizmente se ha visto liberada de la presencia de un centralizador o director que naturalmente impediría y paralizaría su crecimiento. Antes de 1870, precisamente en el perio-

do de la mayor expansión de la Internacional, el Consejo General de la Internacional no interfirió con la libertad y la autonomía de las secciones y federaciones; no porque careciera de la voluntad de dominar, sino únicamente porque carecía del poder necesario para hacerlo y porque nadie le hubiera obedecido. El Consejo General era un apéndice que se arrastraba detrás del movimiento espontáneo de los trabajadores de Francia, Suiza, España e Italia.

En lo que se refiere a la cuestión política, todo el mundo sabe que, si fue eliminada del programa de la Internacional, no fue culpa del señor Marx. Tampoco se debe a ningún cambio de opinión del autor del famoso *Manifiesto* de los comunistas alemanes publicado en 1848 por él y su amigo y cómplice, el señor Engels. Tampoco dejó de poner de manifiesto esta cuestión en la «Proclama Inaugural» -circular dirigida a todos los trabajadores de todos los países-, publicada en 1864 por el Consejo General Provisional de Londres. El único autor de esa «Proclama» fue el señor Marx.

En ese documento, el jefe de los comunistas autoritarios alemanes acentuaba que «la conquista del poder político es la primera tarea del proletariado...»

El Primer Congreso de la Internacional (Ginebra, 1866) cortó en sus mismas raíces el intento del señor Marx -quien ahora actúa como el dictador de nuestra gran asociación- de aplicar este principio político. Ha sido completamente eliminado del programa y de los estatutos adoptados por aquel congreso que sigue siendo la base de la Internacional. Haced el esfuerzo de leer los magníficas «Considerandos» que son el Preámbulo de nuestros estatutos generales y veréis que la cuestión política está tratada con estas palabras:

“Considerando que la emancipación de los trabajadores debe ser la tarea de los mismos trabajadores; que los esfuerzos de los trabajadores por lograr su emancipación no deben ser para reconstituir nuevos privilegios, sino para establecer, de una vez por todas, derechos y obligaciones iguales; que la esclavitud de los trabajadores al capital es la fuente de toda servidumbre -política, moral y material-; que por esta razón *la emancipación económica de los trabajadores es el gran objetivo al que se deben subordinar todos los movimientos políticos*, etcétera.”

Esta frase clave de todo el programa de la Internacional rompe las cadenas que atan al proletariado a la política de la burguesía. Al reconocer esta verdad, el proletariado ensanchará aún más el abismo que lo separa de la burguesía con cada medida que tome.

La Alianza,<sup>1</sup> sección ginebrina de la Internacional, ha interpretado ese párrafo de los «Considerandos» en los siguientes términos:

“La Alianza rechaza toda acción política que no tenga como objetivo inmediato y directo el triunfo de los trabajadores sobre el capitalismo. En consecuencia, fija como su objetivo final la abolición del Estado, de todos los Estados [para ser reemplazados], por la federación universal de todas las asociaciones locales por medio de la libertad y en libertad.”

Contrario a esto, el Partido Social-Demócrata de Trabajadores Alemanes, fundado en 1869

<sup>1</sup> La «Asociación Internacional de Democracia Social», fundada por Bakunin y otros en 1866. Su programa fue la base ideológica del ala libertaria de la Primera Internacional. (Nota de S. Dolgoff)

## CRÍTICA DE LA TEORÍA MARXISTA DEL ESTADO<sup>1</sup>

Ningún camino conduce de la metafísica a las realidades de la vida. La teoría y los hechos están separados por un abismo insondable. Es imposible saltar este abismo entre la lógica y el mundo de la naturaleza y de la vida real. Con lo que Hegel llamaba «un salto cualitativo» del mundo.

El camino que lleva del hecho concreto a la teoría, y viceversa, es el método científico y éste es el camino verdadero. En el mundo práctico, es el movimiento de la sociedad hacia formas de organización que reflejarán lo más posible la vida misma en todos sus aspectos y complejidades.

Este es el camino del pueblo hacia su completa emancipación, un camino accesible a todos; el camino de la revolución anarquista que provendrá del mismo pueblo, una fuerza elemental que barrerá todos los obstáculos. Luego, desde las profundidades del alma popular, emergerán espontáneamente las nuevas formas creativas de la vida social.

El camino de los metafísicos es completamente distinto. Metafísico es el término que usamos para designar a los discípulos de Hegel y los positivistas, y, en general, a todos los adoradores de la ciencia como diosa, a todos esos modernos Procustes que de una manera u otra, han creado un ideal de organización social, un molde estrecho en el que meterían a las futuras generaciones, a todos aquellos que, en vez de ver en la ciencia únicamente una de las manifestaciones de la vida natural y social, insisten en que la totalidad de la vida queda comprendida en sus teorías científicas necesariamente experimentales. Los metafísicos y los positivistas, todos esos caballeros que consideran que es su misión prescribir las leyes de la vida en nombre de la ciencia, son, consciente o inconscientemente, reaccionarios.

Esto es muy fácil de demostrar.

La ciencia, en el verdadero sentido de esa palabra, la ciencia de verdad, está en este momento sólo al alcance de una minoría insignificante. Por ejemplo, entre nosotros en Rusia, ¿cuántos sabios auténticos hay en una población de ochenta millones? Probablemente unos mil están en contacto con la ciencia, pero difícilmente más que unos pocos podrían considerarse de primera magnitud y científicos serios. Si la ciencia fuera a dictar las leyes, la mayoría abrumadora, muchos millones de hombres, serían gobernados por cien o doscientos expertos. En realidad, aún serían menos, porque no toda la ciencia está relacionada con la administración de una sociedad. Esta sería tarea de la sociología -la ciencia de las ciencias- que presupone, en el caso de un sociólogo bien entrenado, un conocimiento adecuado de todas las demás ciencias. ¿Cuánta gente así hay en Rusia? ¿O en Europa? Veinte o treinta. ¿Y estos veinte o treinta gobernarían el mundo? ¿Puede alguien imaginarse un despotismo más absurdo y más abyecto?

Es casi seguro de que estos veinte o treinta expertos se pelearán entre sí y, si se pusieran de acuerdo en políticas comunes, sería a expensas de la humanidad. El vicio principal del especialista medio es su inclinación a exagerar su propio conocimiento y despreciar el de los demás. Dadle el control y se convertirá en un tirano insufrible. Ser esclavos de pedantes... ¡qué destino para la humanidad! Dadles todo el poder, y empezarán a probar con los seres humanos los mismos experimentos que ahora los científicos realizan con perros y conejos.

<sup>1</sup> Este texto es parte del primer capítulo del escrito *Estatismo y Anarquía* de 1873. (Nota del Grupo Editor Libertad)

rantes!

Semejante régimen no dejará de producir un considerable descontento en las masas del pueblo y, a fin de mantenerlas bajo control, el gobierno «ilustrado» y «liberador» del señor Marx tendrá necesidad de una no menos considerable fuerza armada. Porque, según dice Engels, el gobierno debe ser fuerte para poder mantener el orden entre los millones de analfabetos cuyo poderoso levantamiento podría ser capaz de destruir y derrocar todo, incluso un gobierno «saturado de cerebro».

Podéis ver bastante bien que, detrás de todas esas palabras democráticas y socialistas y de las promesas del programa de Marx para el Estado, está todo lo que constituye la verdadera naturaleza despótica y brutal de todos los Estados, sea cual sea su forma de gobierno. Además, en un análisis final, el Estado Popular de Marx y el Estado monárquico y aristocrático de Bismark son completamente idénticos en cuanto a sus objetivos fundamentales internos y exteriores. En los asuntos externos, hay el misino empleo de fuerzas militares, es decir, de conquista. Y en los asuntos internos, el mismo empleo de la fuerza, el último argumento de los líderes políticos amenazados por las masas que, hartas de creer, esperar, someterse y obedecer, siempre, se levantan en rebeldía.

Consideremos ahora la verdadera política nacional de Marx. Al igual que Bismark, él es un patriota alemán. Desea la grandeza y la gloria de Alemania como Estado. En ningún caso, nadie considerará un crimen que ame su país y su pueblo, ni que esté tan profundamente convencido de que el Estado es la condición sine qua non para la prosperidad de su país y la emancipación de su pueblo. Por ende, desea naturalmente ver una Alemania organizada en un poderoso Estado ya que los Estados débiles y pequeños siempre corren el riesgo de ser devorados por los otros. En consecuencia, Marx, como patriota ardiente y previsor, debe desear el poder y la expansión de Alemania como Estado.

Pero, por otro lado, Marx es un famoso socialista y, lo que es más, uno de los principales iniciadores de la Internacional. No se contenta con trabajar sólo por la emancipación del proletariado alemán. Se siente obligado en su honor a trabajar al mismo tiempo por la emancipación del proletariado de todos los países. Como patriota alemán, quiere el poder y la gloria, el dominio de Alemania, pero como socialista de la Internacional, debe desear la emancipación de todos los pueblos de la tierra. ¿Cómo se puede resolver esta contradicción?

Sólo existe un modo: proclamar que un poderoso y gran Estado alemán es condición indispensable para la emancipación de todo el mundo; que el triunfo nacional y político de Alemania es el triunfo de la humanidad. Esta convicción, una vez lograda, no sólo es posibilista, sino que, en nombre de la más sagrada de las causas, obligatoria, para que la Internacional y todas las federaciones de todos los países sirvan de poderoso medio, eficaz y, sobre todo, popular, para el establecimiento de ese gran Estado pan-germánico. Y eso es precisamente lo que intentó hacer Marx en la Conferencia de Londres de 1871 y en las resoluciones que pasaron sus amigos franceses y alemanes en el Congreso de La Haya [1872]. Si no obtuvo un éxito aún mayor, seguramente no fue por falta de celo o de gran habilidad de su parte, sino probablemente porque sus ideas fundamentales eran falsas y su realización, imposible.

bajo las auspicios de los señores Marx, Liebknecht y Babel, anunció en su programa que «la conquista del poder político era la condición indispensable de la emancipación económica del proletariado» y que, en consecuencia, el objetivo inmediato del partido debe ser la organización de una gran campaña legal para conquistar el sufragio universal y todos los demás derechos políticos. El objetivo final era el establecimiento de un Gran Estado Pan-Germánico, el denominado Estado Popular.

Entre estas dos tendencias, existen las mismas concepciones conflictivas y el mismo abismo que separan al proletariado de la burguesía. ¿Es, por tanto, sorprendente que estos adversarios irreconciliables chocaran en la Internacional, que la lucha entre ellos, en todas las formas y en todas las ocasiones posibles, aún continué llevándose a cabo? La Alianza, fiel al programa de la Internacional, rechaza con desdén toda colaboración con la política burguesa, por más disfraz radical y socialista que lleve. Aconseja al proletariado que la única emancipación verdadera, la única política que realmente les beneficia, es la política exclusivamente negativa de demoler las instituciones políticas, el poder político, el gobierno en general y el Estado, y que, para lograrlo, es necesario unificar las fuerzas dispersas del proletariado en una organización Internacional, un poder revolucionario dirigido contra el poder atrincherado de la burguesía.

Los social-demócratas alemanes propugnan una política absolutamente distinta. Dicen a esos trabajadores, que por desgracia les prestan atención, que la tarea primera y de mayor urgencia de su organización consiste en ganar los derechos políticos por medio de la agitación legal. De ese modo subordinan el movimiento por la emancipación económica a un movimiento exclusivamente político; y, con esta obvia inversión de todo el programa de la Internacional, de un solo golpe llenan el abismo que había sido abierto por la Internacional entre el proletario y la burguesía.

Y han hecho algo más. Han atado al proletariado al rumbo de la burguesía. Porque resulta evidente que todo este movimiento político, expuesto con tanto entusiasmo por los socialistas alemanes, ya que debe preceder a la revolución económica, sólo puede ser dirigido por la burguesía, o lo que aún es peor, *por trabajadores convertidos en burgueses por su vanidad y ambiciones*. Y, de hecho, este movimiento, al igual que todos sus predecesores, sustituirá una vez más al proletariado y le condenará a ser el instrumento ciego, la víctima a ser utilizada y luego sacrificada en la batalla entre los partidos burgueses rivales por el poder y el derecho al dominio y a la explotación de las masas. A cualquiera que dude esto, sólo debemos mostrarle lo que ahora sucede en Alemania, donde los órganos de la social democracia cantan himnos de alegría al ver un congreso de burgueses profesores de economía política que confían el proletariado a la protección paternalista de los Estados; y ha ocurrido en Suiza -allí donde predominó el programa marxista, en Ginebra, Zurci, Basilea-, programa que la Internacional ha declinado hasta el punto de sólo ser una fuente de votos en beneficio de los burgueses radicales. Estos hechos irrefutables me parecen ser más elocuentes que cualquier palabra.

Estos hechos son reales y son un efecto natural del triunfo de la propaganda marxista. Y es por esta razón que nosotros luchamos a muerte contra las teorías marxistas, convencidos de que, si triunfasen en toda la Internacional, lo menos que harían sería matar su espíritu, así como ya lo han hecho en gran parte en los sitios a que me he referido.

La verdad es que hemos deplorado, y aún deploramos, profundamente la inmensa confusión y la desmoralización que estas ideas han causado al detener el maravilloso y prometedor crecimiento de la Internacional y que casi han destrozado la organización. Pese a esto, ninguno de nosotros ha ni tan sólo soñado jamás con no permitir que el señor Marx y sus fanáticos disci-

pulos divulguen sus ideas en nuestra gran asociación: de hacerlo, violaríamos nuestro principio fundamental: *absoluta libertad para divulgar las ideas políticas y filosóficas*.

La Internacional no permite a ningún censor y ninguna verdad oficial en cuyo nombre se pueda imponer la censura. Hasta ahora, la Internacional se ha negado a darle este privilegio a la Iglesia o al Estado y se debe precisamente a este hecho el que el crecimiento increíblemente rápido de la Internacional haya sorprendido al mundo.

Esto es lo que el Congreso de Ginebra (1866) comprendió mejor que el señor Marx. El efectivo poder de nuestra asociación, la Internacional, radicaba en la eliminación en su programa de todos los planteos políticos y filosóficos, no como *temas de discusión y estudio sino como principios obligatorios* que todos los miembros debían aceptar.

Es verdad que en el segundo congreso de la Internacional (Lausana, 1867), amigos mal informados, no enemigos, se movieron para la adopción de un plan político. Pero, por fortuna, la cuestión de la política fue formulada de forma inofensiva en esta platónica declaración: «que la cuestión política es inseparable de la cuestión económica», una declaración que suscribiría cualquiera de nosotros. Porque resulta evidente que la política, es decir, las instituciones y las relaciones de los Estados, no tienen otro objeto que asegurar a las clases gobernantes la explotación legal del proletariado. En consecuencia, desde el momento en que el proletariado toma conciencia de que se debe emancipar, necesariamente se debe preocupar por el juego de la política a fin de luchar y derrotarlo. Nuestros adversarios no entienden el problema en este sentido. Lo que ellos buscan y hasta desean es la política constructiva del Estado. Pero, al no encontrar un sentimiento favorable en Lausana, se abstuvieron sabiamente de presentar la cuestión.

En 1868, lo trataron nuevamente en el Congreso de Bruselas. Los internacionalistas belgas, al ser comunales, es decir, antiautoritarios y anticentralistas por historia y tradición, no ofrecieron a nuestros oponentes ninguna posibilidad de éxito. Una vez más, no presionaron la cuestión política.

¡Tres años de derrotas! Esto fue demasiado para la ambición impaciente del señor Marx. Ordenó a su ejército hacer un ataque directo. Y esa orden fue llevada a cabo en el congreso de Basilea (1869). Las circunstancias parecían favorables. El partido social-demócrata tenía tiempo suficiente para organizarse en Alemania bajo la dirección del señor Liebknecht y Babel. El partido tenía conexiones con la Suiza alemana, en Zurich y Basilea, e incluso en la sección alemana de la Internacional en Ginebra. Fue la primera vez que estuvieron presentes en gran número los delegados alemanes en un congreso de la Internacional.

...Aunque bien preparados para la gran batalla, los marxistas perdieron... Poco después de su derrota en ese congreso, el Consejo General, que de hecho era el comodín de Marx, se despertó de su forzado letargo (tan saludable para la Internacional) y lanzó una ofensiva. Comenzó con un torrente de odiosas falsedades y complots contra aquellos que se animaban a discrepar con la *claque* de Marx, todo esto fue difundido por periódicos alemanes y en todos los países con cartas y circulares secretas y confidenciales y por toda clase de agentes reclutados de distintas maneras en el campo marxista.

Esto fue seguido por la Conferencia de Londres (septiembre de 1871), la cual, preparada por el largo brazo del señor Marx, aprobó todo lo que él quería: la conquista del poder político como parte integral del programa obligatorio de la Internacional y la dictadura del Consejo General, es decir, la dictadura personal del señor Marx y, en consecuencia, la transformación de la Internacional en un inmenso Estado monstruoso con él como jefe.

dicados que vigilen y dirijan, secretamente y sin impedimentos, la corriente de las opiniones y las pasiones del pueblo. Hemos visto que el mismo Marx está tan convencido de esta necesidad que impuso sus agentes secretos en todas las regiones de la Internacional, sobre todo en Italia, Francia y España. Finalmente, por más perfecta que sea, desde el punto de vista de la preservación del Estado, la organización de la educación y del adoctrinamiento de sus ciudadanos, de la censura y de la policía, el Estado no puede asegurar su existencia mientras no tenga fuerzas armadas para defenderse de sus *enemigos interiores*.

El Estado es el gobierno de arriba abajo de un inmenso número de hombres, muy diferentes desde el punto de vista del nivel cultural, la naturaleza de sus países o de las localidades donde habitan, las ocupaciones que tienen, los intereses y las aspiraciones que los guían; el Estado es el gobierno de todos ellos por una u otra minoría. Esta minoría, aunque fuera elegida mil veces por el sufragio universal y fuera controlada en sus actos por instituciones populares, a menos de estar dotada de la omnisciencia y la omnipotencia que los teólogos atribuyen a Dios, no podría de ningún modo conocer y prever las necesidades de su pueblo, o satisfacer con una justicia cierta aquellos intereses que son los más legítimos y urgentes. Siempre habrá descontentos porque siempre habrá algunos que sean sacrificados.

Además, el Estado, al igual que la Iglesia, por su propia naturaleza es un gran devorador de seres vivos. Es un ser arbitrario en cuyo corazón todos los intereses positivos, vivientes, únicos y locales del pueblo se encuentran, chocan, se destruyen mutuamente y quedan absorbidos por esa abstracción denominada el *interés común*, o el *bien común*, o el *bienestar público*. Y allí es donde todas las voluntades verdaderas se cancelan en esa otra abstracción que lleva por nombre la *voluntad del pueblo*. De esto se desprende que la llamada voluntad del pueblo jamás es otra cosa que el sacrificio de sus intereses. Pero, a fin de que se imponga esta omnívora abstracción sobre millones de hombres, debe estar representada y apoyada por algún ser real, alguna fuerza viviente. Así pues, esta fuerza siempre ha existido. En la Iglesia se la llama clero y en el Estado, la clase gobernante o del poder.

Y, de hecho, ¿qué encontramos a lo largo de la historia? El Estado siempre ha sido el patrimonio de alguna clase privilegiada: una clase clerical, una clase aristocrática, una clase burguesa. Y, por último, cuando todas las demás clases se han extenuado, el Estado se convierte entonces en el patrimonio de la clase burocrática y, en ese momento, cae -o si queréis, sube- al estado de máquina. Pero, en cualquier caso, para la salvación del Estado, es absolutamente necesario que exista alguna clase privilegiada dedicada a su conservación.

Pero, en el Estado Popular de Marx, se nos dice, que no habrá ninguna clase privilegiada. Todos serán iguales, no sólo desde el punto de vista jurídico y político, sino también desde el económico. Al menos esto es lo que promete, aunque yo dudo mucho de que esa promesa se pueda mantener. En consecuencia, no habrá ninguna clase privilegiada, pero habrá un gobierno, y anotad esto muy bien, será un gobierno extremadamente complejo. Este gobierno no se contentará con administrar y gobernar políticamente a las masas como hacen hoy todos los gobiernos actuales. Asimismo administrará económicamente a las masas, concentrando en manos del Estado la producción y la distribución de las riquezas, el cultivo de la tierra, la organización y dirección del comercio y, finalmente, la aplicación del capital a la producción por el único banquero: el Estado. Todo esto exigirá un conocimiento inmenso y muchas cabezas «saturadas de cerebro» en este gobierno. Será el reinado de la *inteligencia científica*, el más aristocrático, despótico, arrogante y elitista de los regímenes. Habrá una nueva clase, una nueva jerarquía de científicos y eruditos, reales y ficticios, y el mundo se dividirá en una minoría ilustrada que gobierna y una inmensa mayoría ignorante. Y entonces, ¡ay de la masa de igno-

Pero quien dice Estado dice necesariamente un Estado particular y limitado, que sin duda comprende, si es muy grande, muchos pueblos y países diferentes, pero excluye a otros. Porque, a menos de que esté soñando con un Estado universal, como hicieron Napoleón y Carlos V, como soñó el papado en la Iglesia Universal, el señor Marx tendrá que contentarse con gobernar un solo Estado. Y quien dice Estado siempre dice *un* Estado y quien dice *un* Estado lo afirma con la existencia de *otros* Estados; y quien dice *otros* Estados, declara inmediatamente: competición, celos, una guerra sin tregua e incesante. La lógica más simple y el testimonio de la historia demuestran esta verdad.

Cualquier Estado, bajo el peligro de perecer y verse devorado por los Estados vecinos, debe tender al poder más completo; y, ya poderoso, debe embarcarse en una carrera hacia la conquista de modo que no pueda ser conquistado, ya que dos Estados similares, pero en competición, no pueden coexistir sin tratar de destruirse mutuamente. Quien dice «conquista», bajo cualquier forma o nombre, dice pueblos conquistados, esclavizados y sometidos.

Está en la naturaleza del Estado el romper la solidaridad de la raza humana. El Estado no se puede preservar como entidad integrada con todo su poderío a menos de que se erija como el supremo objetivo y razón de ser de sus propios súbditos, aunque no lo sea para los súbditos de los demás Estados soberanos. Esto conduce inevitablemente a la supremacía de la moralidad estatal y de los intereses estatales sobre la razón y moralidad humanas y universales y, de ese modo, rompe la solidaridad universal de la humanidad. El principio de la moralidad política o estatal es muy simple. Al ser el Estado el supremo objetivo, todo lo que favorezca al crecimiento de su poder es bueno; todo lo contrario a ello, por más humano o ético que sea, es malo. A la moralidad se le llama patriotismo. La Internacional es la negación del patriotismo y, en consecuencia, la negación del Estado. Por tanto, si el señor Marx y sus amigos del partido social-demócrata alemán tuvieran éxito y lograran introducir el principio del Estado en nuestro programa, destruirían la Internacional.

El Estado, para su propia conservación, debe necesariamente ser poderoso en sus asuntos externos, pero, si lo es con respecto a esas relaciones exteriores, también lo será necesariamente con respecto a los asuntos internos. La moralidad de todo Estado debe conformarse a las condiciones y circunstancias peculiares de su existencia; es una moralidad que restringe y, por lo tanto, rechaza cualquier moralidad humana o universal. Debe ocuparse de que todos sus ciudadanos piensen y sobre todo actúen en total armonía con la moralidad patriótica del Estado; asimismo, que permanezcan inmunes a la influencia y las enseñanzas de la verdadera moralidad humanista. Esto hace absolutamente necesaria la censura estatal porque demasiada libertad de opinión y pensamiento es incompatible con la unanimidad de criterios que exige la seguridad del Estado. Y el señor Marx, en conformidad con este punto de vista eminentemente político, considera que la censura es razonable. Que ésta sea en realidad la opinión del señor Marx queda suficientemente demostrado por sus intentos de introducir la censura en la Internacional, aun cuando disfraza estos esfuerzos con pretextos plausibles.

Pero, por más vigilante que sea la censura, aunque el Estado fuera a tener el monopolio exclusivo de la educación y la instrucción de todo el pueblo, tal como quería Mazzini y como hoy desea el señor Marx, el Estado jamás puede estar seguro de que pensamientos prohibidos y peligrosos no puedan de algún modo infiltrarse hasta la conciencia de sus súbditos. Los frutos prohibidos ejercen un gran atractivo en los hombres, y el dominio de la revuelta, ese enemigo eterno del Estado, se despierta con tal facilidad en los corazones de los que no están absolutamente atontados, que ni la educación ni la instrucción, ni siquiera la censura del Estado, pueden garantizar lo suficiente su seguridad. Debe contar además con una policía, agentes de-

La legitimidad de esa conferencia ha sido disputada. El señor Marx, un hábil manipulador político, sin duda ansioso de probar al mundo que, aunque carecía de armas de fuego y cañones, las masas aún podían ser gobernadas con mentiras, libelos e intrigas, organizó el Congreso de la Haya en septiembre de 1872. Apenas habían pasado dos meses desde ese congreso, y ya en toda Europa (con excepción de Alemania, donde los trabajadores sufren lavados de cerebros con las mentiras de sus líderes y su prensa) y en las federaciones libres (belga, holandesa, inglesa, norteamericana, francesa, española, italiana, sin olvidar nuestra excelente Federación jurástica [Suiza]) se ha levantado una oleada de indignación contra la burla cínica que pretende autodenominarse el verdadero Congreso de la Internacional. Gracias a una mayoría comprada y ficticia, compuesta casi exclusivamente por miembros del Congreso General, hábilmente utilizada por el señor Marx, todo ha sido disfrazado, falsificado, brutalizado. La justicia, el sentido común, la honestidad y el honor de la Internacional fueron funestamente rechazados, su propia existencia puesta en peligro; todo esto a fin de establecer la dictadura del señor Marx. No es solamente algo criminal, es una locura. Empero, al señor Marx, que se considera el padre de la Internacional (sin la menor duda fue uno de los fundadores), ¿no le importa nada y permite todo esto! A esto pueden llevar la vanidad personal, la sed de poder y, sobre todo, la ambición política. Porque Marx es personalmente responsable de todos estos actos. Marx, pese a todas sus malas acciones, conscientemente ha hecho un gran servicio a la Internacional al demostrar de la manera más dramática y evidente que, si algo puede matar la Internacional, es la introducción de la política en su programa.

La Asociación Internacional de Trabajadores, como he dicho, no hubiese crecido de forma tan fenomenal si no hubiera eliminado de sus estatutos y de su programa todas las cuestiones políticas y filosóficas. Esto queda claro y es verdaderamente sorprendente que sea necesario demostrarlo una vez más.

Pienso que no necesito demostrar que, para que la Internacional sea un verdadero poder, tiene que ser capaz de organizar dentro de sus rangos a la inmensa mayoría del proletariado europeo. Pero, ¿qué programa político o filosófico puede congregarse bajo sus banderas a estos millones [de personas]? Únicamente un programa que sea muy general, en consecuencia vago e indefinido, ya que cualquier definición teórica necesariamente implica la eliminación y, en la práctica, la exclusión de miembros.

Por ejemplo: hoy no existe ninguna filosofía seria que no tome como punto de partida al *negativo* ateísmo. (Históricamente se hizo necesario negar los absurdos teológicos y metafísicos.) Pero ¿acaso creéis que, si esta simple palabra «ateísmo» hubiera sido inscrita en la bandera de la Internacional, esta asociación habría sido capaz de atraer más de unos pocos centenares de miembros? Por supuesto que no; porque la gente sea realmente religiosa, sino porque creen en un Ser Superior; y continuarán creyendo en un Ser Superior hasta que una Revolución Social les brinde los medios de lograr aquí en la tierra sus aspiraciones. Es cierto que, si la Internacional hubiera exigido que todos sus miembros fueran ateos, hubiese excluido de sus rangos a la flor innata del proletariado.

Para mi, la flor innata del proletariado no es, como para los marxistas, la capa superior, la aristocracia del trabajo, aquellos que son más cultos, que ganan más y viven con más comodidades que los demás trabajadores. Precisamente, esa capa semiburguesa de trabajadores, si los marxistas logran lo suyo, constituirá la *cuarta clase gobernante*. Esto, por cierto, podría suceder si la gran masa del proletariado no se defiende contra ella. En virtud de su posición semiburguesa y de su relativo bienestar, esta capa superior de trabajadores, por desgracia, está pro-

fundamente saturada de todos los prejuicios sociales y políticos y de todas las estrechas aspiraciones y pretensiones de la burguesía. De todo el proletariado, esta capa superior es la menos social y la más individualista.

Por la flor innata del proletariado, yo quiero significar la gran masa, esos millones de analfabetos, los desheredados, los miserables, los pobres, a quienes los señores Marx y Engels someterían a una administración paternalista con un *gobierno fuerte*.<sup>2</sup> ¡Naturalmente, para la propia salvación del pueblo! Supuestamente todos los gobiernos se establecen únicamente para cuidar el bienestar de las masas. Por la flor innata, del proletariado, precisamente me refiero a la eterna «carne» (de la que comen los gobiernos), la gran *chusma del pueblo* (los desposeídos, «la hez de la sociedad»), comúnmente denominados por Marx y Engels, según la pintoresca y despreciativa expresión de *Lumpenproletariat*. Yo pienso en la «canalla», esa «hez» casi incontaminada por la civilización burguesa, que lleva en su ser interior y en sus aspiraciones, todas las necesidades y miserias de su vida colectiva, todas las semillas del socialismo del futuro y que hoy día es lo suficientemente poderosa como para inaugurar y conseguir el triunfo de la Revolución Social.

En casi todos los países, esta «hez» se negaría a entrar en la Internacional si esta asociación tuviera un compromiso oficial con el ateísmo. Sería un golpe fuerte si rechazaran a la Internacional, porque de ellos depende todo el éxito de nuestra gran asociación.

Es absolutamente lo mismo con respecto a todas las direcciones políticas. Por más que intenten los señores Marx y Engels, no podrán cambiar lo que es manifiesta y universalmente evidente; no existe ningún principio político capaz de inspirar y llevar a las masas a la acción. Los intentos de movilizar a las masas colapsaron después de unos años, incluso en Alemania. Lo que las masas quieren en primer lugar es su inmediata emancipación económica; para ellos esta emancipación es equivalente a la libertad y la dignidad humanas, un problema de vida o muerte. Si hoy existe un ideal al que las masas pueden adherirse de forma apasionada, este es el de la igualdad económica. Y las masas tienen mil veces razón porque, mientras no cambie la situación presente y sea reemplazada por la igualdad económica, todo lo que constituye el valor y la dignidad de la existencia humana (la libertad, la ciencia, el amor, la inteligencia y la solidaridad fraterna) seguirá siendo para ellos una desilusión horrible y cruel.

La pasión instintiva de las masas por la igualdad económica es tan grande que, si tuvieran esperanzas de recibirla de un régimen despótico, sin la menor duda y con poca reflexión, se entregarían al despotismo. Por fortuna, la experiencia humana ha sido muy útil inclusive para las masas. Hoy, en todas partes, están empezando a comprender que ningún despotismo ha logrado o podido tener la voluntad o el poder de, brindarles la igualdad económica. El programa de la Internacional es felizmente muy explícito respecto a esta cuestión: *la emancipación de los trabajadores sólo pueden lograrla los mismos trabajadores*.

¿No es acaso sorprendente que el señor Marx haya creído posible sacar de esta precisa declaración, que probablemente él mismo escribió, su socialismo científico? ¡Porque la organización y el gobierno de una nueva sociedad, en manos de sabios socialistas, es el peor de todos los gobiernos despóticos!

Pero, gracias a la grande y querida gente de la calle, la «hez», a quienes mueve un instinto tan invencible como justo, todos los esquemas gubernamentales de esta pequeña minoría de la clase trabajadora, ya disciplinada y encaminada a convertirse en los soldados de un nuevo despotismo, el socialismo científico del señor Marx, jamás les será impuesto y está condenado

<sup>2</sup> Palabras de Engels en una carta dirigida a Cafiero. (Nota de S. Dolgoff)

táculos para la concreción de este objetivo, está el Imperio de Rusia, el cual, con amenazador poderío, pasa como el protector de los pueblos eslavos contra la civilización alemana.

La política de Bismark es la del presente; la política de Marx, quien, como mínimo, se considera el sucesor de Bismark, es la del futuro. Y cuando digo que el señor Marx se considera la continuación de Bismark, estoy muy lejos de difamar a Marx. Si no se considerara de esa manera, no habría permitido que Engels, el confidente de todos sus pensamientos, escribiera que Bismark sirve a la causa de la Revolución Social. Inadvertidamente, la sirve ahora a su propio modo; el señor Marx la verá después de otra manera.

Ahora examinemos el carácter particular de la política del señor Marx. Averigüemos cuáles son los puntos que difieren de la política de Bismark. El punto principal, y se podría decir el único, es el siguiente: el señor Marx es un demócrata, un socialista autoritario y un republicano. Bismark es un aristócrata total, un *junker* monárquico. En consecuencia la diferencia es muy grande, muy seria, y ambas partes son sinceras en sus diferencias. Sobre este punto, no hay acuerdo o reconciliación posibles entre Bismark y el señor Marx. Incluso teniendo en cuenta la dedicación de Marx a lo largo de su vida a la causa de la democracia social, que ha demostrado en numerosas ocasiones, su misma posición y su ambición son una garantía positiva sobre este punto. En una monarquía, por más liberal que sea o incluso en una República conservadora como la de Thiers<sup>9</sup>, no puede haber lugar para el señor Marx. Y mucho menos en el Imperio Germano-Prusiano fundado por Bismark, con un tirano militarista y bigotudo de emperador, y todos sus barones, burócratas y guardianes. Antes de poder llegar al poder, el señor Marx tendrá que arrasar con todo eso. Por tanto, se ve obligado a ser un revolucionario.

Los conceptos de la forma y de las condiciones del gobierno son las ideas que separan a Bismark del señor Marx. Uno es un monárquico acabado y el otro es un demócrata y un republicano de pura cepa y, además, un demócrata socialista y un socialista republicano.

Veamos ahora los puntos en común. *Es el culto total al Estado*. No tengo necesidad de probarlo en el caso de Bismark. Las pruebas están a la vista. Es absolutamente un hombre de Estado y únicamente un hombre de Estado. Pero tampoco resulta difícil probar que el señor Marx también es un hombre de Estado. Adora al gobierno hasta tal punto que, incluso quiso instituir uno en la Asociación Internacional de Trabajadores; y adora el poder hasta tal punto que quiso, y aún quiere hoy día, imponer una dictadura. Su programa político socialista es una expresión muy fiel de su actitud personal. El objetivo supremo de todos sus objetivos, tal como proclaman los estatutos fundamentales de su partido en Alemania, es el establecimiento de un Gran Estado Popular (*Volkstaat*).

---

de los campesinos polacos de sus crueles patronos polacos. Proudhon, al igual que la mayoría de sus compatriotas, era profundamente ignorante de Polonia como de Rusia, pero aun así, su instinto revolucionario le debería haber puesto en guardia contra una distorsión monstruosa que le ganó la gratitud de nuestros patrióticos pan-eslavistas moscovitas. Además, estos patriotas estaban en ese mismo instante confiscando la propiedad de los señores polacos insurgentes, no para su distribución entre el campesinado, sino para compartir el botín de Polonia con los imperialistas rusos. Que el Imperio Ruso pueda llegar a emancipar a alguien: ¡qué absurdo más repugnante! Un absurdo que, por supuesto, no está a la altura de la honestidad, el buen juicio o el instinto revolucionario de Proudhon. (Nota de Bakunin)

<sup>9</sup> Louis Adolphe Thiers (1797-1877) fue el presidente de la Tercera República (1871-1873) y responsable de la represión de la Comuna de París (1871). (Nota de S. Dolgoff)

cesariamente, no sólo en sus condiciones externas, sino en la misma esencia de su ser, en un pueblo de esclavos. El protestantismo fue derrotado en Francia y, quizás por esa razón, el pueblo francés perdió, o tal vez no adquirió nunca, la costumbre de la libertad. Debido a que ese hábito no existe hoy en Francia, allí se carece de una *conciencia política*. Y, debido a esta falta de conciencia política, todas las revoluciones que hasta ahora allí se han llevado a cabo no pudieron lograr su libertad política. Con la excepción de sus grandes días revolucionarios, que son sus días festivos, el pueblo francés hoy sigue siendo lo que antes era: un pueblo de esclavos.

Pasando a otros casos, me referiré a la participación de Polonia. Al menos en esta cuestión, aquí me alegro de estar de acuerdo con el señor Marx, ya que él, como yo y todos los demás, considera que esta partición es un *gran crimen*. Me gustaría saber por qué, dados sus puntos de vista optimista y fatalista, se contradice al condenar un gran evento que ya pertenece al pasado histórico. Proudhon, a quien él tanto quiso<sup>6</sup>, fue mucho más lógico y coherente que el señor Marx. Al tratar con fuerza y energía de establecer una justificación histórica para sus conclusiones, escribió un panfleto desafortunado<sup>7</sup> en el que, primero, demostró de forma bastante contundente que la Polonia de la nobleza debía desaparecer porque llevaba en sí misma los gérmenes de su disolución. Luego, intentó contrastar de forma desfavorable a esta nobleza con el Imperio Zarista, al que consideraba un presagio de la triunfante democracia social. Esto fue mucho más que una equivocación. No vacilo en afirmar, pese a mi más tierno respeto por el recuerdo de Proudhon, que se trató de un crimen, el crimen de un sofista que, a fin de ganar una disputa, se animó a insultar a una nación martirizada en el mismísimo momento en que se rebelaba por enésima vez contra sus opresores rusos y alemanes y por enésima vez debía postarse ante sus golpes...<sup>8</sup>

¿Por qué Marx, en contradicción con sus propias ideas, está a favor del establecimiento de un Estado polaco independiente? El señor Marx no sólo es un socialista de muchos conocimientos, sino asimismo un político muy inteligente y un patriota no menos ardiente que Bismark, aunque enfoque sus objetivos de una manera bastante distinta. Y, al igual que muchos de sus compatriotas, socialistas u otros, desea el establecimiento de un gran Estado germano, que glorifique al pueblo alemán y beneficie a la civilización mundial. Pues bien, entre los obs-

<sup>6</sup> La frase «Proudhon, a quien el tanto quiso» es una alusión irónica a la bien conocida antipatía que Marx sentía por Proudhon. (Nota de James Guillaume)

<sup>7</sup> El panfleto «desafortunado» es probablemente «Si les traités de 1815 ont cessé d'exister» (1864) en el que Proudhon se opuso al establecimiento de Polonia como Estado independiente. (Nota de James Guillaume)

<sup>8</sup> El crimen de Proudhon consistió en ignorar dos verdades. La primera fue que la antigua República polaca estaba basada en la esclavitud de la población rural por las instituciones de la nobleza. La segunda fue que, ya que la insurrección de 1863, como cada levantamiento anterior, estuvo inspirada por un ardiente patriotismo, exclusivamente político y carente de ideales socialistas, cualquier restablecimiento del gran Estado polaco dentro de sus viejos límites estaba condenado al fracaso. Quizás era cruel decir estas verdades a una nación desafortunada en el mismo momento en que sucumbía ante su peor asesino. Pero al menos era la verdad y se debía decir. La culpa de Proudhon fue que su oposición a los patriotas polacos lo llevó a ver las tropas, los funcionarios y las hordas salvajes del zar como los emancipadores socialistas

a ser sólo un sueño. Esta nueva experiencia, quizás la más triste de las experiencias, no afligirá a la sociedad porque el proletariado de todos los países hoy está animado por una profunda desconfianza para con todo lo político y todos los políticos, sea cual sea el color de su partido. Todos ellos, desde los republicanos «más rojos» a los monárquicos más ardientes por igual han engañado, oprimido y explotado al pueblo.

Tomando en consideración los sentimientos de las masas, ¿cómo puede esperar alguien atraerlas con un programa político específico? Y, en el supuesto de que las masas se permitan entrar en la Internacional, tal como ocurre, ¿cómo puede alguien esperar que el proletariado de todas las tierras, que tanto difiere en temperamento, en cultura, en desarrollo económico, soportaría el yugo de un programa político uniforme? Sólo los dementes pueden imaginarse semejante posibilidad. No obstante, el señor Marx no sólo disfruta imaginárselo: quiere lograr esta proeza. Con un despótico ataque traicionero,<sup>3</sup> hizo pedazos el pacto de la Internacional, esperando de ese modo, como aún hoy lo hace, imponer un programa político uniforme, *su propio programa*, a todas las federaciones de la Internacional y, en consecuencia, al proletariado de todas las naciones.

Esto ha causado una profunda división en la Internacional. No nos engañemos; se ha fracturado la unidad básica de la Internacional. Esto se ha logrado, repito, con los actos del partido marxista que, en el transcurso de todo el Congreso de La Haya, ha tratado de imponer su voluntad, el pensamiento y la política de su jefe en toda la Internacional.

Si las declaraciones del Congreso de La Haya son tomadas seriamente, nuestra gran asociación no tendría otra alternativa que disolverse. Porque no nos podemos imaginar que los trabajadores de Inglaterra, Holanda, Bélgica, el Jura suizo, España, Estados Unidos, para no mencionar a los eslavos, se someterían a la disciplina marxista.

Sin embargo, si uno está de acuerdo con los distintos políticos de la Internacional -con los jacobinos revolucionarios, los blanquistas, los republicanos democráticos, para no mencionar a los social-demócratas o los marxistas- en que la cuestión política debe ser parte integrante del programa de la Internacional, uno debe admitir que Marx tiene razón. La Internacional puede ser poderosa únicamente si actúa como una unidad, con un solo programa político para todos. De otra manera habría tantas Internacionales como programas. Pero como resulta claramente imposible que los trabajadores de todos los diferentes países se unan voluntaria y espontáneamente bajo los mismos programas políticos, se les tendría que imponer este programa único. Para evitar la impresión de que fue introducido en la Internacional por el Consejo General, dominado por los marxistas, un congreso marxista «arreglado» votó a su favor, demostrando de un modo nuevo esta vieja verdad sobre el sistema representativo y el sufragio universal: en nombre de la elección libre de todos, se decreta la esclavitud de todos. Esto es lo que realmente sucedió en el Congreso de La Haya.

Para la Internacional fue lo que la batalla y derrota de Sedan fue para Francia: la invasión victoriana del pangermanismo, no de Bismark, sino de Marx, imponiendo el programa político de los comunistas autoritarios y los socialdemócratas de Alemania y la dictadura de su jefe sobre el mundo proletario. Para esconder mejor este esquema y endulzar la amarga píldora, este notorio congreso envió a América al Consejo General de marionetas, elegido e instruido por el mismo señor Marx, siempre obediente a sus instrucciones secretas, para asumir todas las trampas, el trabajo penoso y las apariencias del poder, mientras que entre bambalinas el señor Marx ejerce el poder verdadero.

<sup>3</sup> Resoluciones del Congreso de La Haya. (Nota de S. Dolgoff)

Pero por más repugnante que pueda parecer este esquema a almas sensibles y timoratas, se hizo absolutamente necesario a partir del momento en que se presentó la propuesta de incluir la cuestión política en el programa de la Internacional. Ya que se considera necesaria la unidad de acción política, y debido a que no puede aparecer por medio del acuerdo voluntario y espontáneo de las federaciones y secciones de los diferentes países, ésta debe ser impuesta. Únicamente de esta manera se puede crear esta unidad política tan fuertemente deseada y buscada. Pero al mismo tiempo se crea la esclavitud.

En suma: al introducir la cuestión política en el programa y los estatutos oficiales y obligatorios de la Internacional, los marxistas han puesto a nuestra asociación ante un terrible dilema: *o unidad política con esclavitud, o libertad con división y disolución*. ¿Cuál es la opción? Bastante simple: debemos volver a nuestros principios originales y omitir el asunto político específico, dejando de ese modo en libertad a las secciones y federaciones para desarrollar sus propias políticas. Pero, ¿acaso cada sección y federación no querrá seguir la política que quiera?

Sin la menor duda. Pero, ¿no se transformará la Internacional en una torre de Babel? Por el contrario, únicamente entonces alcanzará una verdadera unidad, básicamente económica, la que llevará a una real unidad política. Entonces se creará, aunque por supuesto no al mismo tiempo, la gran política de la Internacional; no engendrada por una sola cabeza, ambiciosa y erudita, pero de cualquier modo incapaz de abrazar todas las necesidades de un proletariado por más inteligente que sea<sup>4</sup>, sino por la acción absolutamente libre, espontánea y concurrente de todos los trabajadores de todos los países.

La fundación de la Internacional, para la unidad tan vanamente buscada en los actuales dogmas políticos y filosóficos, ha sido ya realizada por los sufrimientos, intereses, necesidades y aspiraciones reales y comunes de los trabajadores de todo el mundo. Esta solidaridad no se debe crear artificialmente. Es un hecho, es la vida misma, una experiencia cotidiana en el mundo del trabajador. Y lo único que queda por hacer es convencerle de este hecho y ayudarlo a organizarlo conscientemente. Este hecho es la *solidaridad para las exigencias económicas*. Este slogan es, en mi opinión, el único y, a la vez, realmente más importante logro de los primeros fundadores de nuestra asociación, entre los cuales, como siempre me gusta recordar, el señor Marx ha desempeñado un papel de gran importancia y utilidad, salvo en sus esquemas políticos que el Congreso de Ginebra (1866) sabiamente eliminó del programa que él presentara.

Siempre he evitado llamar al señor Marx y sus numerosos colaboradores, los «fundadores» de la Internacional, no porque yo esté movido a ello por bajos instintos con el fin de rebajar o disminuir sus méritos; por el contrario, insisto en darles todo el crédito que se merecen. Ahora bien, estoy convencido de que la Internacional no ha sido un producto suyo, sino el fruto del mismo proletariado. Ellos (Marx y compañía) fueron de alguna manera la comadrona y no la madre. El gran autor (sin saberlo, como suele ocurrir a los autores de grandes cosas) fue el proletariado, representado por unos pocos cientos de trabajadores anónimos, franceses, ingleses, belgas, suizos y alemanes. Fue su profundo y preciso instinto de trabajadores, aguzado por los sufrimientos inherentes a su condición, lo que les impulsó a encontrar el principio ver-

<sup>4</sup> Aquí Bakunin se refiere a unas palabras de Sorge, un delegado de Estados Unidos al Congreso de La Haya: «Los partidarios de la autonomía dicen que nuestra organización no tiene necesidad de una cabeza. Nosotros, por el contrario, pensamos que debemos tenerla, con mucha materia gris en su interior». (Nota de James Guillaume)

estuvieron entre las causas principales de la degradación intelectual y social que llenaron esa larga consecución de siglos llamados la Edad Media. Estad seguros de esto: si los primeros cristianos no hubieran destruido las bibliotecas, los museos y los templos de la antigüedad, hoy no habríamos estado condenados a luchas contra el montón de horribles y vergonzosos absurdos que aún pueblan las mentes de los hombres hasta tal punto que a veces dudo de la posibilidad de un futuro humano.

Continuando mis protestas contra el tipo de hechos históricos cuya inevitabilidad yo también reconozco, hago una pausa entre el esplendor de las repúblicas italianas y ante el magnífico despertar del genio humano durante el Renacimiento. Sin embargo, veo como se acercan dos amigos tan antiguos como la misma historia, las dos mismas serpientes que hasta ahora han destruido toda la belleza y toda la virtud que haya creado la humanidad. Se llaman la Iglesia y el Estado, *el papado y el imperio*. Son males eternos y aliados inseparables que se abrazan y, juntos, aniquilan a esa Italia desgraciada, tan hermosa, y la condenan a tres siglos de muertes. Así pues, aunque nuevamente lo encuentro natural e inevitable, maldigo al papa y al emperador.

Pasemos a Francia. Después de un siglo de luchas, el catolicismo, apoyado por el Estado, triunfó finalmente contra el protestantismo. Pues bien, ¿cómo puede ser que encuentre todavía en la Francia de hoy a algunos políticos e historiadores de la escuela fatalista que, llamándose revolucionarios, consideran que la victoria del catolicismo —una victoria cruenta e inhumana como pocas— es un triunfo verdadero para la causa de la Revolución Social? El catolicismo, insisten ellos, fue entonces el Estado que representaba la democracia, mientras que el protestantismo representaba la revuelta de la aristocracia contra el Estado y, en consecuencia, contra la democracia. Esta clase de sofisma es absolutamente similar al sofisma marxista que también considera que el trifundo del Estado es una victoria de la democracia social. Con estos absurdos repugnantes y desagradables se pervierte la mente y el sentido moral de las masas, habituándolas a aplaudir a los sanguinarios explotadores, los patronos y servidores del Estado, como sus salvadores y emancipadores.

Es mil veces cierto decir que el protestantismo, no como teología calvinista, sino como protesta enérgica y armada, representaba la revuelta, la libertad y la destrucción del Estado, mientras que el catolicismo era el orden público, la autoridad, la ley divina, la mutua salvación de la Iglesia y del Estado, la condenación de la sociedad humana a una esclavitud férrea.

Por tanto, si bien reconozco la inevitabilidad del hecho consumado, no vacilo en afirmar que la victoria del catolicismo en Francia en los siglos XVI y XVII fue una tremenda desgracia para toda la raza humana. La masacre de San Bartolomé y la revocación del Edicto de Nantes fueron hechos tan desastrosos para Francia como, en nuestro tiempo, lo fueron la derrota y la masacre del pueblo de París en la Comuna. En verdad, he oído a franceses muy inteligentes y valiosos atribuir la derrota del protestantismo francés a la naturaleza revolucionaria del pueblo francés. «El protestantismo, alegan ellos, sólo fue una semirrevolución: nosotros necesitamos una revolución total; por esta razón los franceses no quisieron ni pudieron detener la Reforma. Francia prefirió seguir siendo católica hasta el momento en que pudiera proclamarse atea. Por esta razón, el pueblo francés, con verdadera resignación cristiana, toleró tanto los horrores de San Bartolomé y la revocación, no menos abominable, del edicto de Nantes.»

Estos valiosos patriotas no pudieron, o no quisieron, considerar una cosa. Un pueblo que por cualquier razón tolera la dictadura, al final perderá el hábito saludable, o incluso su mismo instinto de revuelta. Una vez que un pueblo pierde la inclinación a la libertad, se convierte ne-

centralización política en sus respectivos países. Ruego a los aliados y simpatizantes franceses del señor Marx a que examinen con sumo cuidado cómo se está aplicando este concepto marxista en la Internacional.

Nosotros, quienes, como el señor Marx, somos materialistas y deterministas, reconocemos asimismo la inevitable vinculación de los hechos económicos y políticos en la historia. En realidad, reconocemos la necesidad y el carácter inevitable de todos los acontecimientos que se suceden, pero no nos inclinamos ante ellos de forma indiferente; y, sobre todo, tenemos mucho cuidado en no elogiarlos cuando éstos, por su propia naturaleza, se muestran en flagrante contradicción con la finalidad suprema de la historia. Este es un ideal absolutamente humano que se encuentra de forma más o menos reconocible en los instintos y las aspiraciones del pueblo y en todos los símbolos religiosos de todas las épocas, porque es inherente a la raza humana, la más social de todas las especies animales sobre la tierra. Este ideal, hoy mejor comprendido que nunca, es *el triunfo de la humanidad, la conquista y establecimiento más completos de la libertad y el desarrollo personales, -material, intelectual y moral- para cada individuo, mediante la organización absolutamente libre y espontánea de la solidaridad económica y social.*

Todo lo que en la historia se muestra ajustado a ese fin, desde el punto de vista humano -y no disponemos de otro-, es bueno; todo lo que sea contrario a eso, es malo. Nosotros sabemos muy bien, de cualquier modo, que lo que denominamos bueno y malo es siempre el efecto natural de causas naturales y que, por tanto, uno es tan inevitable como el otro. Pero, en lo que propiamente llamamos naturaleza, reconocemos numerosas necesidades a las que estamos muy poco inclinados a bendecir, como, por ejemplo, la necesidad de morir si uno es mordido por un perro rabioso. Del mismo modo, en esa concatenación inmediata de la vida de la naturaleza que se llama historia, nos encontramos con muchas necesidades que nos parecen mucho más merecedoras de oprobio que de bendición y a las que creemos que debemos estigmatizar con todas las energías de las que seamos capaces en interés de nuestra moralidad social e individual. No obstante reconocemos que, a partir del momento en que se han realizado, incluso los hechos más detestables tienen un carácter de inevitabilidad que se encuentra en todos los fenómenos de la naturaleza así como de la historia.

A fin de aclarar mi pensamiento, daré unos cuantos ejemplos. Cuando estudio las condiciones sociales y políticas de los romanos y los griegos en el período de decadencia de la Antigüedad, llego a la conclusión de que la conquista de Grecia por los bárbaros políticos y militares de Roma y la consecuente destrucción de un nivel comparativamente más alto de libertad humana fueron acontecimientos naturales e inevitables. Pero esto no impide que, retrospectivamente, yo me ponga de parte de los griegos y en contra de Roma en esa lucha. Porque descubro que la raza humana no ha ganado nada en absoluto con el triunfo de Roma.

Del mismo modo que los cristianos con su furia sagrada destruyeron las bibliotecas de los paganos y todos sus tesoros artísticos o de filosofía y ciencia, antiguas, fue un hecho absolutamente natural y, en consecuencia, inevitable. Pero me resulta imposible ver de qué manera este acontecimiento ayudó de alguna forma a nuestro desarrollo político y social. Estoy incluso dispuesto a dudar de proceso inevitable de los hechos económicos que, de creer en el señor Marx, deben considerarse, con exclusión de todas las demás consideraciones, como la única causa de los fenómenos morales e intelectuales de la historia. Además, estoy decididamente dispuesto a pensar que todos estos hechos de barbarie sagrada, a más bien esa larga serie de actos y crímenes bárbaros que los primeros cristianos cometieron contra el espíritu humano,

dadero y el verdadero propósito de la internacional. Tomaron como punto de partida las necesidades comunes ya existentes y vieron *la organizaron internacional del conflicto económico contra el capitalismo* como el verdadero objetivo de esta asociación. Al darle exclusivamente esta base y este objetivo, los trabajadores establecieron de inmediato todo el poder de la Internacional. Abrieron de par en par las puertas a millones de oprimidos y explotados sin tener en cuenta sus creencias, sus niveles culturales, o su nacionalidad.

No se puede cometer el error de exigir más de lo que una institución o un hombre pueden dar. Al exigirles más, se les desmoraliza, obstaculiza, pervierte y inutiliza totalmente para cualquier acción constructiva. En poco tiempo la Internacional produjo grandes resultados. Organizó y continuará organizando masas cada vez más numerosas del proletariado para luchas económicas. ¿Se desprende de esto que se puede utilizar al proletariado también como instrumento en la lucha política? Debido a que así lo pensó, el señor Marx casi destruyó la Internacional en el Congreso de la Haya. Es la vieja historia de la gallina de los huevos de oro. Ante la convocatoria de unir fuerzas para la lucha económica, las masas de trabajadores de distintos países se apresuraron a unirse bajo la bandera de la Internacional, y el señor Marx se imaginó que las masas permanecerían agrupadas bajo ella -¿qué digo?-, que se apresurarían a unirse en cantidades aún mayores cuando él, el nuevo Mesías, hubiera inscrito los mandamientos de su nuevo decálogo en nuestra bandera, en el programa oficial y unificador de la Internacional.

Este fue su error. Las masas, sin considerar su nivel de cultura, creencias religiosas, país o idioma, comprendían el lenguaje de la Internacional cuando les hablaba de su pobreza, sus sufrimientos y su esclavitud bajo el yugo del capitalismo. Respondieron cuando se les explicó la necesidad de unirse en una gran lucha común. Pero allí se les contó acerca de un programa político -muy culto y, sobretodo, bastante autoritario- que para su propia salvación intentaba -en la misma Internacional en que iban a organizar su propia emancipación- imponerles un gobierno dictatorial (¡únicamente temporario, por supuesto!), dirigido por un hombre extraordinariamente inteligente.

Es una simple locura esperar que las masas de trabajadores de Europa se quedarán en la Internacional en semejantes circunstancias.

Pero podéis preguntaros, «¿Acaso el éxito admirable [de la Internacional] no ha demostrado que el señor Marx tiene razón, y acaso el Congreso de la Haya no votó a favor de todas sus ponencias?».

Nadie sabe mejor que el mismo Marx lo poco que las resoluciones aprobadas por el infatigable Congreso de La Haya expresaban el pensamiento verdadero y las aspiraciones de las federaciones de todos los países. La composición y la manipulación de este congreso han causado tanto dolor y desilusión que nadie tiene la menor esperanza acerca de su valor verdadero. Aparte del Partido Social-Demócrata alemán, las federaciones de todos los países -norteamericana, inglesa, holandesa, belga, francesa, jurástica, española y italiana- protestaron contra todas las resoluciones de este congreso desastroso y desgraciado, y denunciaron con vehemencia sus innobles intrigas.

Pero dejemos a un lado la cuestión moral y tratemos únicamente los puntos principales. Un programa político carece de valor si sólo trata de vagas generalidades. Debe especificar con presión qué instituciones reemplazarán a aquéllas que serán destruidas o reformadas. El programa de Marx es una red completa de instituciones políticas y económicas rígidamente centralizadas y sumamente autoritarias, aprobadas, sin duda, como todas las instituciones despóti-

cas de nuestro tiempo, por el sufragio universal, pero empero subordinadas a un gobierno *muy fuerte*, para citar a Engels, el *alter ego* de Marx, el confidente del autócrata.

Pero, ¿por qué se debe insertar este programa en los estatutos oficiales y unificadores de la Internacional? ¿Por qué no el de los blanquistas? ¿Por qué no el nuestro? ¿Podría deberse a que el señor Marx lo creó? Esta no es una razón. ¿O es porque los trabajadores alemanes parecen aceptarlo? Pero el programa anarquista es aceptado con muy pocas excepciones por todas las federaciones latinas; los eslavos no aceptarían ningún otro. ¿Por qué entonces el programa de los alemanes debe dominar la Internacional, que fue concebida en libertad y sólo puede prosperar en la libertad y por medio de ella?...

Queda claro que el deseo de obligar a las federaciones, ya sea por la violencia, por intrigas o por ambas cosas, a aceptar un único programa político arbitrario, debe fracasar; el resultado más probable debiera ser la disolución de la Internacional y su división en numerosos partidos políticos, cada uno promoviendo su propio programa político. Para salvar su integridad y asegurar su progreso, sólo queda un procedimiento: preservar la dirección original y *mantener la cuestión política fuera del programa y estatutos oficiales y obligatorios de la Asociación Internacional de Trabajadores, que fue organizada no para la lucha política sino únicamente con objetivos económicos; y negarse absolutamente a ser usada por nadie como instrumento político*. Aquellos que [capturen la Internacional] y la comprometan con una política positiva en la lucha entre los partidos políticos rivales [para la conquista del poder estatal] se desmoralizarán de inmediato. Aquellos que tontamente se imaginan que realmente tienen ese poder lo verán escapárseles de entre los dedos y disolverse ante sus propios ojos.

Ahora bien, ¿dejaría la Internacional de preocuparse por las cuestiones políticas y filosóficas? ¿Ignoraría la Internacional el progreso en el mundo del pensamiento así como de los acontecimientos que acompañan la lucha política, o salen de ella, esa lucha dentro de los Estados o entre ellos y se interesaría exclusivamente por los problemas económicos? ¿Se limitaría la Internacional a reunir estadísticas, estudiar las leyes de producción y de la distribución de las riquezas, regular los salarios, reunir fondos de huelga, organizar huelgas locales, nacionales e internacionales, establecer sindicatos nacionales e internacionales y fundar mutualidades y cooperativas de producción para los consumidores siempre que le fuera posible?

Nos apresuramos a decir que es absolutamente imposible ignorar las cuestiones políticas y filosóficas. Una preocupación exclusiva por las cuestiones económicas sería fatal para el proletariado. Sin duda alguna la defensa y organización de sus intereses económicos -un asunto de vida o muerte- debe ser la tarea fundamental del proletariado. Pero resulta imposible que los trabajadores allí se detengan sin renunciar a su humanidad y sin privarse del poder moral o intelectual que es tan necesario para la conquista de sus derechos económicos. En las circunstancias miserables en las que ahora se encuentra el trabajador, el principal problema con el que se enfrenta es el pan para él y su familia. Pero mucho más que cualquiera de las clases privilegiadas actuales, él es un ser humano en la acepción más amplia del término; tiene sed de dignidad, de justicia, de igualdad, de libertad, de humanidad y de conocimiento. Y lucha apasionadamente por conseguir todas estas cosas junto con el disfrute total de los frutos de su labor. En consecuencia, si aún no se han formulado en la Internacional las cuestiones políticas y filosóficas, es porque será el mismo proletariado quien lo haga.

Por un lado, las cuestiones políticas y filosóficas deben quedar excluidas del programa de la Internacional. Por otro, se las debe discutir sin falta. ¿Cómo se puede resolver esta aparente contradicción?

significa conquista, esclavismo y el mecanismo indispensable para esta explotación de las masas: *la organización coextensiva del Estado*. Desde el punto de vista de las masas, significa la destrucción del Estado. Por tanto, significa dos cosas que son diametral e inevitablemente opuestas.

Es absolutamente cierto que jamás ha existido un pueblo, por más abrumado o maltratado por las circunstancias que haya sido que no sintiera, al menos al comienzo de su esclavitud, alguna chispa de rebelión. Rebelarse es una tendencia natural de la vida. Hasta un gusano se rebela contra el pie que lo aplasta. En general, la vitalidad y relativa dignidad de un animal pueden ser medidas por la intensidad de su instinto de rebelión. En el mundo de las bestias, tanto como en el mundo de los seres humanos, no hay hábito más degradante, más estúpido o más cobarde que el hábito del supino sometimiento y la obediencia a la opresión de los demás. Afirmo que jamás ha existido un pueblo tan depravado que en algún momento, al menos al principio de su historia, no se haya rebelado contra el yugo de sus esclavistas y explotadores y contra el yugo del Estado.

Pero se debe reconocer que, desde las guerras sangrientas de la Edad Media, el Estado ha aplastado todas las revueltas populares. Con la excepción de Holanda y Suiza, el Estado reina triunfante en todos los países de Europa. En nuestra «nueva» civilización, existe la esclavitud obligatoria de las masas y, por razones de beneficio económico, la lealtad más o menos voluntaria a las clases económicamente privilegiadas al Estado. Y las llamadas revoluciones del pasado -incluyendo la gran Revolución Francesa, pese a los magníficos conceptos que la inspiraron-, todas estas revoluciones no han sido otra cosa que las luchas entre las clases explotadoras rivales por el disfrute exclusivo de los privilegios que les brinda el Estado. No expresan otra cosa que la lucha por el dominio y la explotación de las masas.

#### CRÍTICA DEL DETERMINISMO ECONÓMICO Y DEL MATERIALISMO HISTÓRICO

Los sociólogos marxistas, hombres como Engels y Lassalle, al objetar nuestros puntos de vista, afirman que el Estado no es toda la causa de la pobreza, la degradación y el servilismo de las masas; que tanto la condición miserable de las masas como el poder despótico del Estado son, por el contrario, el resultado de una causa general más profunda. En especial, nos dicen que ambos son productos de una fase inevitable en la evolución económica de la sociedad; una fase, que, históricamente, constituye un inmenso paso adelante hacia lo que ellos denominan la «Revolución Social». Como muestra de hasta qué extremo ha llegado la obsesión por esta doctrina citemos: el aplastamiento de las formidables revueltas de los campesinos en la Alemania del siglo XVI llevó inevitablemente al triunfo del Estado centralizado y despótico, fecha en la cual dio inicio la esclavización de siglos del pueblo alemán. Esta catástrofe es aplaudida por Lassalle como una victoria para la futura Revolución Social. ¿Por qué? Porque, según los marxistas, los campesinos son los representantes naturales de la reacción, mientras que el Estado moderno, militarizado y burocrático, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, inició la transformación lenta, pero siempre progresiva, de la antigua economía feudal y terrateniente en una era industrial de producción, en la cual el capital explota al trabajo. En consecuencia, el Estado ha sido una condición esencial para la futura Revolución Social.

Ahora se comprende por qué el señor Engels, siguiendo esta lógica, escribió, en una carta a nuestro amigo Carlo Cafiero, que tanto Bismark como el Rey Víctor Manuel de Italia (inadvertidamente) habían ayudado en gran forma a la revolución porque los dos crearon una

El señor Marx no cree en Dios, pero cree profundamente en sí mismo. Tiene el corazón, no lleno de amor, sino de rencor. Tiene muy poca benevolencia para con los hombres y se pone tan furioso e infinitamente más rencoroso que Mazzini cuando alguien se anima a cuestionar la omnisciencia de la divinidad que él adora, es decir, el mismo señor Marx. A Mazzini le gustaría imponer a la humanidad el absurdo de Dios; el señor Marx trata de imponerse a sí mismo. No creo en ninguno de los dos, pero, si me viera obligado a optar, yo preferiría el Dios de Mazzini.

Creo que es mi deber dar esta explicación para que los amigos y discípulos de Mazzini no puedan acusarme de deshonorar la memoria de su maestro al asociarlo con el señor Marx. Vuelvo a mi tema.

Digo entonces que, por todas las razones expuestas, no me sorprendería si pronto oyéramos hablar de una reconciliación entre la agitación mazzinista y la intriga marxista en Italia. Sos-tengo que, si el partido marxista, los llamados social-demócratas, continúan por el camino de la acción política, tarde o temprano, se verán obligados a oponerse a la acción económica -la táctica de las huelgas-, ya que estos dos métodos son incompatibles en la realidad...

## LA CONCIENCIA POLÍTICA Y LA CIVILIZACIÓN ESTÁTICA

¿Es tan siquiera posible que la propaganda más inteligentemente planteada y enérgicamente expresada pueda imbuir a las grandes masas de una nación con tendencias, aspiraciones, pasiones y pensamientos que le son absolutamente ajenos, que no son producto de su propia historia, de sus costumbres, ni de sus tradiciones? A mí me parece que, cuando se presenta de este modo la cuestión, cualquier hombre razonable y sensato, que tenga una mínima idea de cómo se desarrolla la conciencia popular, sólo puede contestar negativamente. A fin de cuentas, ninguna propaganda ha creado jamás artificialmente una fuente, o base, para las aspiraciones o ideas de un pueblo, que siempre son el producto de su desarrollo espontáneo y de las actuales condiciones de vida.

Entonces, ¿qué puede hacer la propaganda? En general, puede expresar los propios instintos del proletariado en una forma nueva, más definida y apta. A veces puede precipitar y facilitar el despertar de la conciencia en las mismas masas. Les puede hacer conscientes de lo que son, de lo que sienten y de lo que ya desean instintivamente; pero jamás la propaganda puede hacerles lo que no son, ni despertar en sus corazones pasiones que son ajenas a su propia historia.

Ahora, a fin de discutir si por medio de la propaganda, es posible hacer que un pueblo tome conciencia política por primera vez, debemos especificar qué significa *la conciencia política para las masas de un pueblo*. Subrayo *para las masas de un pueblo* porque sabemos muy bien que, para las clases privilegiadas, la conciencia política no es otra cosa que el derecho a la conquista, garantizado y codificado, a la explotación del trabajo de las masas y a gobernarlas con el fin de asegurar esta explotación. Pero para las masas que han sido esclavizadas, gobernadas y explotadas, ¿en qué consiste esa conciencia política? Se puede asegurar que en una sola cosa. La diosa de la revuelta. Esta madre de toda libertad y tradición de la revuelta, es la condición histórica indispensable para la realización de una y todas las libertades.

Vemos entonces que esta frase *conciencia política*, a lo largo del curso de los acontecimientos históricos, posee dos significados absolutamente distintos que corresponden a dos puntos de vista opuestos. Desde el punto de vista de las clases privilegiadas, la conciencia política

Este problema se resolverá a sí mismo mediante la libertad. Ninguna teoría política o filosófica debe ser considerada como un principio fundamental, o introducirse en el programa de la Internacional. Tampoco debe ser obligatoria la aceptación de cualquier teoría filosófica o política como condición previa para asociarse, ya que, como hemos visto, imponer cualquier teoría en las federaciones que componen la Internacional significaría la esclavitud, o resultaría en la división y la disolución, lo que no es menos desastroso. Pero de esto no se desprende que en la Internacional no pueda ocurrir la discusión libre de todas las teorías políticas y filosóficas. Por el contrario, precisamente la existencia misma de una teoría oficial mataría esa discusión al volverla totalmente inútil en vez de viva y vital y al inhibir la expresión y el desarrollo de los propios sentimientos e ideas del trabajador. Tan pronto como se pronuncia una *verdad oficial* -después de haber sido científicamente descubierta por este gran cerebro en solitaria labor-, una verdad proclamada e impuesta en todo el mundo desde la cima del Sinaí marxista, ¿para qué discutir de algo más?

Lo único que queda por hacer es aprender de memoria los mandamientos del nuevo decálogo. Por un lado, si la gente no tiene la verdad y no puede proclamarla, tratará de buscarla, ¿quién busca la verdad? Todos y, sobre todo, el proletariado que la desea y necesita mucho más que los demás. Muchos no creen que el proletariado puede por sí mismo encontrar y desarrollar espontáneamente verdaderos principios filosóficos y una verdadera política. Ahora trataré de demostrar de qué manera esto está siendo llevado a cabo en el seno de la Internacional por los trabajadores.

Los trabajadores, como he dicho, se asociaron originariamente a la Internacional con un propósito muy práctico: solidaridad en la lucha a favor de completos derechos económicos y en contra de la explotación opresiva de la burguesía de todas las tierras. Notad que con este único acto, aunque al principio sin darse cuenta de ello, el proletariado toma una postura decididamente negativa en la política. Y esto de dos maneras. Primero y por encima de todo, socava el concepto de las fronteras políticas y de las políticas internacionales de los Estados, la existencia de los cuales depende de la simpatía, la cooperación voluntaria y el patriotismo fanático de las masas esclavizadas. Segundo, crea un abismo entre la burguesía y el proletariado y ubica al proletariado fuera de la actividad y las maniobras políticas de todos los partidos dentro del Estado; pero, al ponerse fuera de la política burguesa, el proletariado se vuelve necesariamente en contra de ella.

El proletariado, al adherirse a la Internacional, ha tomado inconscientemente una actitud política muy definida. No obstante, ésa es una posición política absolutamente *negativa* y el error grave, para no decir la traición y el crimen de los socialdemócratas, quienes están exigiendo al proletariado alemán que siga el programa marxista, es que trataron de transformar esta actitud negativa en una colaboración pasiva con la política burguesa.

La Internacional, al poner al proletariado fuera de la política del Estado y del mundo burgués, construyó de ese modo un nuevo mundo, el de los proletarios unidos de todo el mundo. Tal es el nuevo mundo del futuro: el heredero legítimo, pero al mismo tiempo el sepulturero de todas las civilizaciones anteriores, las cuales, basadas en el privilegio, están en completa bancarrota, exhaustas y condenadas a la extinción. Sobre las ruinas de este viejo mundo, sobre la demolición de todas las opresiones humanas y divinas, de toda esclavitud, de toda desigualdad, la Internacional está destinada a crear una nueva civilización. Esta es la misión y, por tanto, el programa verdadero de la Internacional, no el programa oficial, artificial del que ojalá nos protejan todos los dioses cristianos y paganos, sino el que es inherente a la misma naturaleza de la organización.

El programa verdadero -y lo repetiré mil veces- es bastante simple y moderado: *la organización de la solidaridad, en la lucha económica del trabajo contra el capitalismo*. Sobre esta base, al principio exclusivamente material, se levantarán los pilares intelectuales y morales de la nueva sociedad. A fin de crear tal sociedad, todos los pensamientos, todas las tendencias filosóficas y políticas de la Internacional, nacidas en el seno del propio proletariado, deben originarse y tomar como principal punto de partida esta base económica que constituye la esencia misma y el objetivo declarado y obvio de la Internacional. ¿Es esto posible?

Sí, y este proceso está ahora mismo teniendo lugar. Quien se haya mantenido en contacto con los acontecimientos en el seno de la Internacional en los últimos pocos años, se percatará de cómo esto lentamente está teniendo lugar, a veces a un ritmo rápido, otras lento, pero siempre de tres modos diferentes, pero firmemente relacionados: primero, con el establecimiento y coordinación de fondos de huelgas y la solidaridad internacional de las huelgas; segundo, con la organización y coordinación (federativa) internacional de sindicatos profesionales y de oficios; tercero, con el desarrollo directo y espontáneo de ideas filosóficas y sociológicas en la Internacional, ideas que inevitablemente se desarrollan en consonancia con los primeros dos puntos y son producidas por esos movimientos.

Consideremos ahora estas tres maneras, diferentes pero inseparables, y comencemos con la organización de fondos de huelga y la solidaridad de huelgas.

Los fondos de huelga sólo tienen como objetivo juntar fondos que hagan posible organizar y mantener huelgas, una tarea siempre costosa. La huelga es el comienzo de la guerra social del proletariado contra la burguesía, una táctica que permanece dentro de los límites de la legalidad. Las huelgas son una táctica valiosa de dos maneras. Primero electrifican a las masas reforzando su energía moral y despertando en ellas el sentido de profundo antagonismo entre sus intereses y los de la burguesía. En consecuencia, contribuyen inmensamente produciendo y manifestando en los trabajadores de todos los oficios, de todas las localidades y de todos los países, la conciencia y el hecho mismo de la solidaridad. De este modo, una acción doble, una negativa, la otra positiva, tiende a crear directamente el nuevo mundo del proletariado al oponerle de una forma casi absoluta al mundo burgués.

Es significativo que, al respecto, los burgueses socialistas y radicales siempre se han opuesto resueltamente a la idea de huelgas y han hecho esfuerzos desesperados por desalentar al proletariado con las huelgas. Mazzini<sup>5</sup> jamás pudo soportar que se hablara de huelgas; y si sus discípulos, muchos de los cuales desde su muerte se han desmoralizado, desorientado y desorganizado, hoy apoyan tímidamente una huelga, esto se debe únicamente a que la propaganda a favor de la Revolución Social ha provocado tal impacto en las masas italianas, y las demandas sociales y económicas se han manifestado con tal poder en las huelgas que simultáneamente han estallado en toda Italia, que temen oponerse a este movimiento, quedarse aislados y perder toda influencia en el pueblo.

Mazzini, junto a todos los burgueses socialistas y radicales de Europa, tenía razón *desde su punto de vista* al condenar las huelgas. Porque, ¿qué quieren hoy los partidarios de Mazzini, tan imbuidos por el espíritu de conciliación que están a punto de unirse a quienes se autodenominan «radicales» en el parlamento italiano? Quieren el establecimiento de un único y gran Estado democrático republicano. Para establecer ese Estado, primero deben derrocar al actual, y para ello es indispensable el apoyo poderoso del pueblo. Una vez que el pueblo haya prestado este gran servicio a los políticos de la escuela de Mazzini, será enviado naturalmente de

<sup>5</sup> José Mazzini, patriota y republicano italiano, 1805-1872. (Nota del Grupo Editor Libertad)

vuelta a las fábricas y talleres, o a los campos, a reasumir sus labores esenciales. Allí no se someterán a la monarquía paternalista, sino a la protección fraternal del nuevo pero no menos autoritario gobierno republicano. Hoy los trabajadores deben renunciar a las huelgas y apelar a los nuevos gobernantes. Pero ¿cómo se puede hacer para que los socialistas burgueses y radicales actúen a favor de los trabajadores?

¿Apelando a sus instintos socialistas? ¡Imposible! Esto sería el modo más seguro de alimentar el odio y la oposición ciega de todos los capitalistas y propietarios contra ellos mismos y la república de sus sueños. Asimismo es imposible, porque los socialistas burgueses y radicales quieren precisamente colaborar con estos explotadores y con ellos desean constituir el nuevo gobierno. No pueden establecer un nuevo gobierno de orden con las anárquicas masas «bárbaras e ignorantes», en especial cuando estas masas se han inspirado, en el curso de sus luchas económicas, en la pasión por la justicia, la igualdad y su verdadera libertad, algo que es incompatible con cualquier gobierno. Los socialistas radicales y burgueses, en consecuencia, deben evitar la cuestión social (económica) y concentrarse en incitar las pasiones políticas y patrióticas de los trabajadores. Eso hará que sus corazones latán al unísono con los corazones de la burguesía; entonces los trabajadores estarán preparados psicológicamente a prestar a los políticos radicales el precioso servicio que se les exige: el de derrocar al gobierno monárquico.

Pero hemos visto que el primer efecto de las huelgas es destruir esta armonía emocionante y muy beneficiosa con la burguesía. Las huelgas tienen el efecto de recordar a los trabajadores que entre ellos y sus gobernantes existe un abismo y de despertar en el corazón del proletariado las pasiones socialistas y las aspiraciones que son absolutamente incompatibles con el fanatismo político y patriótico. Si, desde esta perspectiva, Mazzini tenía mil veces razón: ¡las huelgas no se deben permitir!

Mazzini, por las razones que acabo de exponer, desea claramente poner punto final al antagonismo de clases. Pero, ¿quiere realmente el señor Marx conservar este antagonismo que hace imposible toda participación de las masas en la política del Estado absolutista? Porque semejante acción política no puede tener éxito a menos de que la burguesía entre en ella y únicamente cuando esta clase la desarrolle y la dirija. Marx no puede ignorarlo. Me resulta imposible creer que no sea consciente de ello después del discurso que pronunció recientemente en Amsterdam en el cual declaró que en ciertos países, quizás en la misma Holanda, la cuestión social se puede resolver pacíficamente; es decir, de una forma amistosa, legal, sin fuerza. Esto sólo puede significar que el problema social se puede resolver por medio de una serie de compromisos sucesivos, tranquilos y juiciosos entre la burguesía y el proletariado; Mazzini jamás ha estado en desacuerdo con este punto de vista.

Finalmente, Mazzini y Marx concuerdan en un punto crucial: que las grandes reformas sociales que emanciparán al proletariado pueden conquistarse únicamente por medio de un gran Estado democrático, republicano, muy poderoso y sumamente centralizado. Este Estado, alega, debe imponer al pueblo un gobierno muy fuerte, esto en interés del propio pueblo, para asegurar su educación y bienestar.

Entre Mazzini y Marx siempre ha existido una enorme diferencia y ésta va a favor de Mazzini. Mazzini era un creyente profundamente sincero y apasionado. Adoraba a su Dios, al que dedicaba todo cuanto sentía, pensaba y hacía. En cuanto a su propio estilo de vida, era el hombre muy simple, modesto y nada egoísta. Pero se ponía inflexible, furioso cuando alguien atacaba a su Dios.